

IN ILLO TEMPORE



ANTONIO PAVÓN LEAL

OCTUBRE 2013

I

Los ladrillos del suelo estaban barnizados y brillaban. Las cortinas eran de color granate, con un estampado de fantasmales flores blancas que parecían flotar en el vacío. En la casa reinaba el silencio.

Salvo las corrientes de oscuridad que circulaban libremente, todo lo demás estaba en su lugar definitivo.

Yo permanecía inmóvil hasta que no podía más. Entonces intentaba encender la luz. Daba un paso, luego otro... pero las piernas se me iban poniendo cada vez más pesadas.

Aunque era corta, no había forma de salvar la distancia que me separaba del interruptor.

Acababa dejándome caer y arrastrándome por los relucientes ladrillos. A veces tenía la impresión de alcanzar mi objetivo.

Pero mis esfuerzos eran inútiles. Finalmente tenía que rendirme a la evidencia: yo era otro objeto de la casa.

II

En mi última visita no ocurrió nada digno de mención. Recorrió las galerías abovedadas, en cuyas paredes se superponían los nichos polvorrientos, sin flores ni lámparas ni vasos lacrimatorios.

En esta ocasión no sentí temor. Quizá una vaga aprensión. Como un resabio de antiguas vivencias.

Con la linterna alumbraba las lápidas. Estuve inspeccionando hasta que me cansé. Es probable que el polvo gris me impidiera descubrir la que me interesaba.

Sólo después de muchos años me he atrevido a bajar de nuevo a las catacumbas. Así es como llamo ahora a ese mundo subterráneo. Entonces lo veía como un laberinto frecuentado por siniestras criaturas.

Yo trataba inútilmente de encontrar una salida. La tierra de los muros se desprendía bajo el roce de mi mano. Exploraba los recovecos. Recorría los largos pasillos que no llevaban a ninguna parte.

A veces tropezaba, pero seguía avanzando. Sólo me detenía para recuperar el aliento. Luego me ponía a andar cada vez más rápido.

Finalmente corría desatentado con una sola idea en la cabeza: escapar.

Cuando no podía más, arañaba la pared que se desmoronaba con facilidad. Escarbaba y profundizaba hasta hacerme un hueco.

Y allí me incrustaba, conteniendo la respiración y albergando la esperanza de que esas criaturas no diesen conmigo.

III

No podría decir en qué parte de la casa se encontraban, pero doy fe de su existencia. Al principio, como estaba en penumbra, parecía que no había nada. Luego, conforme la vista se acostumbraba, se empezaba a distinguir cosas.

Formas tubulares, como gusanos gigantescos. Formas cóncavas, como caparazones de tortuga. Y otras formas de aspecto fláccido difíciles de definir. Todas entremezcladas. Jamás se me habría ocurrido pensar que eran seres vivos.

De algún modo lo eran. De vez en cuando un amago de movimiento se insinuaba en esos organismos primordiales que no emitían ningún sonido. Pero, en general, permanecían en un estado de abandono, como impulsos frustrados o ciegos.

Creí haberme librado de ese mundo caótico cuando dejé esa casa. Me equivoqué. Esas formas viven ahora en mis sueños, en donde aparecen desparramadas a orillas de un mar de tinta negra, cuyas olas inertes rompen en ese *totum revolutum* recorrido por espasmos ocasionales.

IV

Cuando llegaba la feria, a pesar de nuestra resistencia, nos cogían de la mano y allá nos llevaban.

Disfrutaban montándonos en cualquier artefacto que diera vueltas, de donde bajábamos pálidos, mareados o empapados en sudor. Incluso había quien vomitaba. Pero esto, con ser malo, no era lo peor.

Más tarde, tras haber visitado la barraca de la mujer barbuda o la de los espejos y habernos columpiado en las barcas, nos anunciaban que había llegado el momento de la gran atracción.

Nos ponían en filas de a dos y nos guiaban a nuestro destino. Caminábamos en silencio, sin fijarnos en nada. Nadie se atrevía a chistar. De todas formas, el que más y el que menos tenía un nudo en la garganta.

Como ya habían comprado las entradas, no teníamos que esperar.

Directamente pasábamos al interior y, sin necesidad de instrucciones, nos colocábamos en el andén, de cara a las vías.

Lanzando un silbido, el tren aparecía pronto y paraba frente a nosotros. A continuación, con eficacia y rapidez, procedían al embalaje.

Nos metían en cajas provistas de un agujero para sacar la cabeza. Una vez realizada esta operación, nos trasladaban a las vagonetas. El tren silbaba de nuevo y se ponía en marcha.

En cuestión de segundos, la máquina se internaba en el túnel. Mientras ganaba velocidad, algunos intentábamos desempaquetarnos. La inutilidad de nuestros esfuerzos se hacía patente de inmediato y comprendíamos que no había escapatoria.

V

La luz se proyectaba cruda sobre nuestras cabezas. La bombilla colgaba del techo encima de la mesa camilla. Bombilla desnuda. El cable estaba adornado con papel de seda recortado. Papel de seda rojo deslucido.

La mesa crujía cuando nos apoyábamos en ella. Yo ponía especial cuidado en no hacerla chillar. Durante una semana conseguí, sin que los otros lo notaran, utilizarla solamente para colocar el método de música mientras permanecía derecho en la silla.

Cuando tenía que pasar las hojas, lo hacía con precaución y naturalidad. Creo que no llegaron a darse cuenta. Por si acaso, abandoné mi juego. En realidad, me aburría soberanamente en las clases de solfeo.

Aparte de los crujidos de la mesa, la habitación no ofrecía el más leve pretexto para distraerse. Bombilla desnuda. Paredes desnudas. Luz cruda, luz cruda.

VI

No sé de quién fue la idea de que yo diese clases de solfeo. Quizás de Jorge. Accedí para que me dejases tranquilo. Al principio el do-re-mi llegó a interesarme, pero por poco tiempo.

El profesor de música vivía solo en una casa de la calle Tejano. Tendría cuarenta o cincuenta años. Soy torpe para calcular la edad de una persona. Trabajaba en Sevilla, en el conservatorio. Los vecinos se preguntaban por qué se había venido a vivir al pueblo. A este respecto, corrían historias peregrinas.

En casa habían comentado este hecho en varias ocasiones. Como conclusión, mi padre decía: “Cada cual es libre de hacer de su capa un sayo. Y nosotros tenemos que estarle agradecidos”.

Se refería a mí. De no ser por el profesor de música, yo habría permanecido en la más completa inactividad, lo cual, según Jorge, era contraproducente. Por eso creo que fue él quien sugirió las clases de solfeo. Pero dichas clases perdieron pronto su interés para mí.

Dejé de preocuparme y practicar, aunque no por eso faltaba a la cita tres tardes por semana.

En cuanto al profesor, estoy seguro de que lo habían aleccionado. Se mostraba siempre amable conmigo. Nunca me obligaba a nada. Por fortuna, yo no era el único solfista. Había otros deseosos de aprender.

VII

Me gustaba andar. Al anochecer, cogía el método y me dirigía a casa del profesor.

Salía media hora antes y daba un rodeo por el Paseo de las Acacias. Fue un invierno frío y lluvioso. A las ocho no había nadie en las calles.

Por el camino me demoraba mirando los árboles. Si disponía de suficiente tiempo, me paraba y observaba cómo las gotas de agua caían de las hojas.

Cómo resbalaban y se precipitaban al vacío.

Las gotas de agua en las hojas de los rosales. Las gotas de agua internándose en los setos de tuya que rodean los bancos de la plaza de Doña Francisca. Las gotas de agua deslizándose por el granito pulido de la fuente.

Y así hasta que comprobaba que sólo faltaban cinco minutos. O hasta que un viandante me miraba extrañado. Trataba entonces de disimular y cruzaba la plaza, enfilando una calleja que hacía aún más amplio mi rodeo.

VIII

No podía hacer nada. Escuchaba y sonreía de vez en cuando. Acariciaba al gato mientras ellos hablaban. Los temas de conversación no faltaban.

Nunca participaba, salvo cuando me preguntaban. Entonces respondía con monosílabos.

Sentía la mirada de mi madre clavada en mí. Pero yo no podía hacer nada, salvo acariciar al gato y mirar a través de la ventana.

También notaba las furtivas miradas de parientes y vecinas. Miradas de curiosidad, de compasión, de extrañeza.

Después dirían: “Se llevó todo el tiempo acariciando al gato” o “No apartó los ojos de la ventana”.

Al levantar la cabeza, descubría posadas en mí sus miradas superficiales que me dejaban indiferente.

En cambio, las miradas de mi madre me hacían pensar: “Te aseguro que no tengo la culpa”.

IX

Para pasar el tiempo inventaba juegos. Uno de ellos consistía en identificar todos los objetos que había en la habitación.

Este juego llegaba a provocarme ansiedad.

Empezaba por lo más fácil: paredes, suelo, techo, puerta, ventana. A partir de aquí había que andarse con cuidado y seguir un orden.

Objetos-suelo: baldosas, mesa camilla, seis sillas, dos sillones de mimbre con cojines, dos maceteros, una mesita con la radio.

Objetos-techo: florón de escayola, lámpara.

Objetos-pared 1 (la de la puerta): un cuadro, dos fotografías (una a cada lado del cuadro).

Objetos-pared 2 (a la derecha de la pared 1): tres platos de cerámica formando un triángulo y, a cada lado del triángulo, algunos utensilios de cobre.

Objetos-pared 3 (la de la ventana): una cortina de cretona con estampado de flores y los visillos blancos.

Objetos-pared 4: un cuadro apaisado y, a cada lado, una fotografía.

Éste era el primer paso. Había que realizar la misma operación con los objetos colocados encima de la mesa camilla, la mesita del radio y los maceteros.

Este juego podía complicarse. A veces me atacaba los nervios y tenía que salir a dar un paseo. Durante un rato, los objetos de la habitación que estaba registrando seguían bailando en mi cabeza.

X

En los cortos días de invierno, sentado en mi sillón, con una manta sobre las piernas, observaba cómo las sombras invadían paulatinamente mi habitación.

Claridad vespertina. Penumbra. Oscuridad.

La luz de una farola diluía la oscuridad.

Después de almorzar me iba a mi dormitorio. Cogía un libro y me sentaba en el sillón. Luego encendía un cigarrillo y me ponía a leer junto al balcón. Novelas. Libros de viaje.

Claridad vespertina.

Un cigarrillo tras otro, me embebía en la lectura del libro. Poco a poco, las sombras se iban adueñando de la habitación. Finalmente tenía que dejar de leer.

Penumbra.

Los muebles destacaban como masas lóbregas. Entonces encendía otro cigarrillo y trataba de no pensar en nada.

Oscuridad.

Así transcurrían unos minutos. El hechizo de esa hora era roto por la luz de la farola.

Si me animaba, me levantaba del sillón, cogía el método y me ponía a solfear un rato.

XI

Molestaba sobre todo que no hablase. O que hablase poco. Pero yo sabía que hablábamos lenguas diferentes.

No valía la pena dar explicaciones. Por otro lado, me repugnaba la idea de tener que justificar mi comportamiento ante los demás.

Recuerdo, sin embargo, haberlo intentado con Jorge. Tras mis efusiones verbales, me acometía tal pesadumbre que me juraba no volver a caer en la tentación.

Se trataba de una debilidad por mi parte. Me dejaba engatusar por sus palabras.

Un día que mi padre estuvo conversando con Jorge en el despacho y luego se fue dando un portazo, me pasé un buen rato cavilando.

Sus deseos por acelerar mi curación, la retrasaban.

No quiero ser injusto con él. Pero su impaciencia obstaculizaba mi recuperación. Lo volvía más arduo.

Cuando se crispaba, aunque no descargase su irritación sobre mí, me ensombrecía tanto como si se hubiese puesto a gritarme.

Quería encontrar a toda costa una solución a mi problema. Con este objeto, se encerraba en el despacho con Jorge para analizar la situación creada por mí poco menos que para fastidiar a la familia.

Durante las primeras semanas, como si estuvieran conspirando contra mí, los conciliábulos se sucedieron a mis espaldas.

XII

En algún lado estaba el secreto.

A veces lo percibía en las cosas más familiares. Una alegría súbita estallaba dentro de mí, como el hongo gigantesco de una explosión atómica.

Me embargaba un sentimiento tan fuerte de felicidad que temía romper a llorar.

En esos momentos sentía cómo la sangre me bullía en las venas y me cosquilleaban las yemas de los dedos.

El Universo todo, con sus mil líneas de fuerzas, convergía en mí.

En algún lado estaba el secreto.

Esta palabra preñada de sugerencias dio a luz un vocablo bisilábico, duro como el acero, afilado y cortante.

Sus dos vocales eran como dos ojos que me mirasen fijamente.

Y este vocablo se plantó ante mí. Me perseguía durante el sueño y durante la vigilia. Me atormentaba.

Era el reto.

Quizás debí mantenerme firme aunque fuese al precio de taponarme los oídos con cera, como hizo Ulises con sus compañeros de viaje.

Quizás los dioses me consideraron indigno de adentrarme en esa tierra misteriosa por ellos celosamente custodiada.

¿Qué ocurrió con exactitud? ¿Sufrí una alucinación? ¿Di un traspié?

Caro pagué mi desliz.

El reto se transformó en otro vocablo de resonancia extranjera.

Sólo fue necesario un cambio de consonante. Después se produjo un descenso en picado.

Descubrí que, de las tres palabras, la última era la única real. La única que no engañaba.

XIII

No me comportaba como los demás. He aquí la prueba palmaria de que algo no andaba bien.

Algunos hechos corroboraban este juicio. El primero de ellos, mi negativa a seguir estudiando. Con el agravante de que era un alumno aplicado. No había nada que justificase mi abandono de los libros. Mi determinación era incomprensible.

Si hubiese presentado una alternativa, aun refunfuñando, se habrían dado por satisfechos. Se habrían podido decir a sí mismos y habrían podido decir a los demás: “Se niega a seguir estudiando, fijaos qué pena. Quiere hacer tal cosa o tal otra”.

Pero yo no me había tomado siquiera la molestia de buscar un subterfugio. No me había servido de ningún argumento para legitimar mi decisión. Me sustraía de entrada a cualquier escaramuza dialéctica.

Mi actitud corría el riesgo de ser entendida como una vulgar provocación. La intervención de Jorge fue capital. Más tarde supe que logró convencer a mis padres de que se trataba de una “crisis propia de la edad”.

No creo que mi madre se tragase ese cuento. Pero eso era mejor que nada. Reconozco que, gracias a esa “crisis de personalidad”, conseguí lo que más anhelaba en esos momentos: una tregua.

XIV

Los demás se estrellaban contra mi mutismo. Un mutismo pequeño, desdeñable. Un mutismo de adolescente ensimismado que se pasea junto al río. Pero sólo yo empezaba a intuir las dimensiones pavorosas de los fondos abisales.

XV

Un verso provocó la hecatombe. Su eco resonó por encima de las aguas del río, chocó contra el puente, cruzado a esa hora por peatones apresurados y raudos vehículos, rebotó en un embarcadero situado en la orilla opuesta, alrededor del cual crecían plantas acuáticas y flotaban peces muertos, y regresó extenuado, apestando a cieno y a podredumbre, a gasolina y a humanidad.

Dejé de leer. La ciudad en torno mío aceleraba su ritmo. Rugía como una moto subiendo una cuesta.

Me levanté del banco donde estaba sentado y di algunos pasos.

Permanecí en el parque hasta la noche, sin sentir el frío ni la humedad, aplicándome tenazmente a soñar, con los ojos puestos en los álamos.

Rehíce, reinventé, retoqué, remodelé...me agoté en un esfuerzo inútil
De pronto reparé en una persona medio oculta entre los arbustos.

Me había sentado de nuevo en un banco. Esa otra persona y yo nos hallábamos en una franja de sombra. El globo de cristal y la bombilla de la farola más cercana habían sido rotos de una pedrada.

No le pasó desapercibido que me había percatedado de su presencia. Por mi parte, tuve la impresión de que me sonreía.

Me puse en pie. También la otra persona se movió, quedando parcialmente iluminada. Era un hombre con un cigarrillo sin encender en la mano.

Fue a decir algo. A pedirme fuego, supongo. Pero antes de que despegara los labios, eché a andar en dirección a la salida del parque.

XVI

No tenía nada que decir. Nada me atraía hasta el punto de hacer que cambiara de actitud. Así que callaba y no me oponía a las ocurrencias de unos y otros.

Era más fácil asentir (bastaba un simple movimiento de cabeza) que tratar de convencer a mi padre, a Jorge o al amigo de turno que hubiesen sobornado para que hablase conmigo, de que al mayor servicio que podían prestarme era no inmiscuirse en mi vida.

Aunque no lo sospechasen, yo era consciente del peligro que corría. Un peligro en cuyo menosprecio encontraba un placer malsano.

No había en mí ningún sentimiento de orgullo o soberbia. Ningún destello luciferino. Ello hubiese implicado un espíritu de lucha del que carecía.

Iba soltando las amarras que me unían a un puerto seguro.

Si persistía, el barco sería pronto un punto en la raya del horizonte. Un juguete de las corrientes marinas que lo arrojarían desarbolado en cualquier playa sin nombre.

El peligro a que me enfrentaba era de signo distinto al que ellos imaginaban.

Para poner en pie este embrollo necesitaba tiempo.

Así que haría lo que me mandasen con tal de que me dejasen tranquilo.

XVII

Una mañana, en un autobús lleno de trabajadores y algunos estudiantes, con la atmósfera sobrecargada por el humo de los cigarrillos. Un autobús traqueteante con los cristales empañados por el vaho de tantas respiraciones. Una desabrida mañana de invierno en la que los viajeros recorrían las calles como sonámbulos. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, de la cazadora o del abrigo. Sin ganas de hablar. Esperando la salida. Hasta que llegaba el autobús y nos precipitábamos dentro. Allí se estaba caliente. Incluso cambiaba el humor. Se gastaban bromas, se gritaba. Aún no había amanecido. Las mortecinas luces del autobús daban a los rostros un tinte cadavérico. Como si estuviésemos enfermos. El autobús arrancaba. A veces un murmullo constante reinaba durante todo el trayecto. Una mañana tan semejante a otras. El cobrador se desliza por el pasillo con su cartera colgada del hombro. La gente fuma, tose. Alguien entreabre una ventanilla que cierra inmediatamente hostigado por las protestas de los demás, a los que una ráfaga de aire helado saca de su agradable modorra.

¿Qué mañana cuando todas eran iguales? ¿Tal día que subimos empujándonos porque no había asientos para todos y los últimos tendrían que ir de pie? ¿Tal otro en que descubrimos una cara nueva o preguntamos extrañados por qué se retrasaba fulano, que acostumbraba a llegar el primero?

Veo mi imagen borrosa en los cristales cubiertos de vapor, que limpio con una manga de mi abrigo. En ese autobús repleto de trabajadores y algunos estudiantes. Una mañana.

XVIII

Desde una región que sólo conoce la oscuridad. Espesa. Asfixiante. Desde esa hondura. Desde ese sustrato.

Desde ese lugar sin fronteras, cuyo nombre es caos. Desde ese agujero que está en mí y en el Universo.

Desde el fondo de ese pozo insonidable se deja oír un ruido de vagonetas. Un chirrido metálico de rieles bajo la presión de unas ruedas que empiezan a girar.

Todo está tan negro que es imposible identificar nada. El único sentido que sirve de algo es el oído. Una interminable fila de vagonetas que asciende a toda velocidad.

Pocos segundos me bastan para comprender.

Ese ruido de hierro no procede de una máquina que ha arrancado en ese momento.

Ese estrépito lejano se debe a la distancia que nos separa. Distancia que se va acortando vertiginosamente.

XIX

Dadas las circunstancias, pensaron en la conveniencia de que fuera a ver a un psicólogo.

Jorge, como siempre, se las arregló para facilitar las cosas, encargándose de escoger al especialista y de concertar la cita.

Tanta solicitud me hacía sentir incómodo. Por supuesto, iría a la consulta del psicólogo. No quería echar leña al fuego.

Lo que rechacé fue que alguien me acompañara. Les había asegurado que iría a ver a ese señor, que le contaría lo que hiciera falta, que no tenían por qué preocuparse.

Eran los primeros tiempos. Posteriormente su actitud evolucionaría hacia la indiferencia y la resignación. Incluso hacia una cierta tolerancia.

En el último momento mi madre se empeñó en venir conmigo. Pero eso no era lo que habíamos hablado.

Habíamos acordado que yo iría solo. No necesitaba ningún lazillo que me guiase.

Jorge y mis padres dijeron que eso no era lo que ellos habían entendido.

Hilvanaron algunas frases que no llegué a oír porque me dio un ataque de risa.

Mi padre se tomó mi risa como un insulto. Mi reacción no venía a cuento.

Pero aquella farsa me resultaba tan cómica que no pude contenerme.

Mi madre estaba consternada. A sus ojos esa explosión de hilaridad era injustificada e irrespetuosa.

Al final propusieron una solución de compromiso: llamar a un taxi para que me llevase y me trajese de Sevilla.

Durante el viaje tuve que refrenar nuevas carcajadas, de las que mi familia habría tenido puntual información a través de taxista.

XX

Dentro de poco anochecería. Cogí el método de solfeo, me lo puse bajo el brazo y salí a dar un largo paseo por las calles del pueblo.

El cielo, por la parte de poniente, se había coloreado de rojo. Luego había una franja azul brillante que se iba oscureciendo.

Me percaté de que estaba parado en mitad de la calle como un pasmarote, y de que los ociosos recostados en la fachada de un bar me observaban.

Enrollé el método Eslava, lo introduje en el bolsillo de mi chaquetón y reanudé mi camino.

Este pequeño incidente me alteró.

Pasó la hora de la clase de solfeo y yo seguía recorriendo las calles del pueblo. Iba a buen paso, como si debiese gestionar un asunto importante. Rechacé los pensamientos morboso que me asaltaron. Estaba buscando algo, pero no sabía qué.

Por fin me detuve. Mi respiración se regularizó. Ante mí se extendía una calle en cuesta. Una farola iluminaba la hilera de casas de la derecha y la tapia de la izquierda. No había aceras.

Esa calle empinada tenía vida. En su mitad, una verde cascada salpicada de amarillo le confería ese don.

El silencio y el frío de la noche obraron los efectos de un sedante.

Debía regresar a casa.

Por encima de la tapia, la mimosa asomaba sus ramas verdes con borlitas amarillas.

XXI

El psicólogo era un señor de cabeza oval y cara de empollón. Después de indicarme, con un movimiento de la mano, que me sentara en el sillón situado al otro lado de la mesa, justo en frente del suyo, me agasajó con lo que identifiqué con una sonrisa. A decir verdad, un leve estiramiento de labios.

Los primeros momentos de la entrevista los invertimos en estudiarnos mutuamente. Me chocó su aire de suficiencia. Sus gestos eran demasiado mesurados para ser naturales.

Según Jorge, era una eminencia en su oficio.

Tras anotar en un folio mis datos personales, me hizo dos o tres preguntas que nada tenían que ver con el objeto de mi visita, encaminadas, supongo, a crear un clima de confianza.

Con regularidad apoyaba el dedo índice de su mano izquierda en el puente de las gafas, que le resbalaban por la nariz, para colocarlas en su sitio. No tenía acento andaluz. Esto fue lo primero que dije por iniciativa propia.

Sonrió o estiró los labios y explicó que había nacido y estudiado en Madrid, pero llevaba viviendo en Sevilla mucho tiempo. De hecho, me aclaró, se consideraba más sevillano que madrileño.

Luego carraspeó y me comunicó que podía fumar si lo deseaba. Saqué mi paquete de cigarrillos y encendí uno. Él se cruzó de brazos.

Me había llegado el turno. No sabía por dónde empezar. Viendo mi apuro, al tiempo que encogía la nariz para evitar el deslizamiento de las gafas, aunque al final tuvo que recurrir al dedo índice, vino en mi ayuda: “Y bueno, ¿cuál es tu problema? Te escucho”.

Le dije que me negaba en redondo a proseguir mis estudios. “¿Y eso por qué?”. Me puse a hablar. De vez en cuando él hacía una anotación en el folio.

Así transcurrió la primera sesión. Amablemente, se puso en pie y me acompañó hasta la puerta de su despacho. Pude comprobar entonces lo bajo que era.

En el taxi, de vuelta a casa, me distraje contemplando los campos arados, que formaban un gigantesco damero.

XXII

Mi actitud se estaba convirtiendo en una fuente de malentendidos. Pero yo seguía sin dar importancia al revuelo que se había organizado. Ni siquiera me tomaba la molestia de intervenir cuando, en mi presencia, se abordaba el tema que traía de cabeza a la familia: yo.

La imagen de una persona apática e irritante se sobrepuso a cualquier otra. Por otro lado, las reacciones que provocaban mis contadas manifestaciones verbales, eran desmesuradas. Ésta era otra razón para mantener la boca cerrada.

En una ocasión, ante su insistencia, dije que necesitaba tiempo. De inmediato me preguntaron para qué. Para pensar, respondí.

Pusieron tal cara que, ingenuamente, añadí: “Para ver más claro”.

En virtud de una regla diabólica, cualquier cosa que dijera se volvía contra mí. Mis palabras me traicionaban.

Puesto que no me representaban, las consideré bastardas.

Me reafirmé en mi silencio que a los ojos de los demás pasaba por abulia.

Por desgracia, la cosa no quedó ahí.

Las pesadillas que de vez en cuando me asaltaban, se hicieron más frecuentes durante ese invierno.

XXIII

Por las tardes no había miedo de que me interrumpiesen con cualquier pretexto. Durante esas horas gozaba de una inmunidad que me permitía entregarme sin trabas a la lectura o a dormitar apaciblemente. Encerrado en mi habitación, podía hacer lo que me apeteciera, incluso aburrirme.

Quizá la palabra felicidad no sea la más adecuada para designar el sentimiento que me embargaba durante ese paréntesis cotidiano, máxime cuando la transitoriedad de mi situación no se me escapaba.

Se podría pensar que era una felicidad ficticia, basada en el sacrificio o en la ignorancia. Y no era así.

Era también lo bastante lúcido para comprender que, si mi estado se hacía permanente, quedaría atrapado en una ratonera.

El riesgo de sucumbir era real.

La recuperación, además, podía revestir formas engañosas. No ser más que un fenómeno de mimetismo o de adaptación. Una cuestión de supervivencia.

Si abolía la distancia hasta el extremo de carecer de perspectiva, entonces no me quedaría más elección que creer todo. En primer lugar, que estaba enfermo.

A medida que me adentraba en este laberinto, se me hacía evidente que me iba a ser necesario echar mano de un coraje y de unos recursos dudosos.

En vez de en un sillón, estaba sentado en un polvorín. Resultaba, cuando menos, improcedente hablar de felicidad en semejante coyuntura.

Sin embargo...

XXIV

Mi ansiedad era el combustible que la máquina utilizaba para lanzarse a esa carrera suicida.

La pesadilla se repetía como si quisiera transmitirme un mensaje.

Un mensaje que me era imposible descifrar.

Cuando percibía el rugido de la máquina, me ponía rígido. Rezaba para que el tren se desviase y pasase de largo. Rezaba para que ese ruido in crescendo fuese una falsa alarma.

Raramente ocurría ni una cosa ni otra.

Una vez que el tren se precipitaba, su ascensión era imparable.

Arrellanado en el sillón donde solía pasar mis tardes, soñaba con la Edad de Oro. Trataba de imaginármela.

Nombres fulgurantes estallaban en mi cabeza. Y me ponía a reconstruir continentes perdidos en su época de máximo esplendor. Y hermosas ciudades con avenidas de cuyas aceras partían escalinatas que conducían a edificios sostenidos por columnas.

Los habitantes, de estatura superior a la media humana, vestían túnicas blancas, del mismo color que sus cabellos.

Llegado a este punto, advertí que el psicólogo seguía con interés mi descripción. Esto me animó a improvisar sobre la marcha.

También observé el pliegue condescendiente de sus labios apretados. El centro de la capital lo constituía una vasta plaza cuadrada en uno de cuyos lados se levantaba el Templo, en otro el Palacio y en el tercero la Biblioteca. Por el cuarto costado de esa explanada descendía un jardín hasta la orilla de un lago.

Mirando en esta dirección, se podía contemplar, como telón de fondo, los picos nevados de una cadena de montañas.

Pero lo singular de esa urbe era la finura de su aire y la suavidad de su luz. El psicólogo comentó que mis ensoñaciones tenían indudable valor.

Cruzando los brazos sobre la mesa, habló de los profundos deseos personales que, a través de ese cauce, afloraban al exterior.

Mis divagaciones eran, sin duda, muy significativas.

Repliqué que una parte de lo que le había contado no era invención mía, sino datos y detalles procedentes de libros que había leído. Y el resto era imaginería, de la que yo era consciente.

La seriedad del psicólogo se acentuó. Opté por callarme y, poniendo cara de interés, escuchar sus explicaciones.

XXVI

El profesor de música tenía un viejo tocadiscos. Nos dijo que le daba pena tener que oír música en ese trasto.

Una noche, en lugar de dar la clase de solfeo, nos propuso escuchar una composición de Schubert.

Con entusiasmo real o fingido, aceptamos el cambio. El solfeo puede convertirse en un ejercicio fastidioso.

El tocadiscos estaba en una mesita situada al lado del único enchufe que había en la habitación.

Por supuesto, aclaró, nos iría comentando la obra, aunque también le interesaba la impresión que la música suscitase en nosotros. El goce estético, puntualizó. Todos asentimos.

Hablabía con calma, interrumpiéndose de vez en cuando para dar una calada al cigarrillo. Era un experimento que realizaba con alumnos principiantes.

Lo que íbamos a escuchar era un quinteto. El quinteto en do mayor de Franz Schubert.

A continuación nos hizo un sucinto relato de las penalidades sufridas por este músico austriaco que murió de tifus bastante joven.

Nos comunicó, con su tono de voz despacio e inalterable, que este compositor y esta pieza en concreto se contaban entre sus favoritos.

Después nos suministró algunas nociones técnicas para facilitarnos la comprensión de la obra.

Finalmente se levantó de la silla, sacó el disco de su funda, lo limpió por ambas caras con una bayeta y lo colocó en el aparato, al lado del cual se sentó para detener la audición cuando lo considerase oportuno.

Mientras llevaba a cabo estas operaciones, me vinieron a la cabeza los rumores que corrían acerca del profesor de música. Nunca los había tenido en cuenta. Estaba hecho a la vida pueblerina y no me sorprendían.

No era porque viviese solo y no se relacionase con nadie por lo que me resultaba peculiar, sino por ese esmero con que manipulaba el disco de Schubert.

XXVII

Como fichas de dominó alineadas unas detrás de otras que caen progresivamente con sólo empujar la primera, la voladura del edificio resquebrajó y cuarteó los colindantes, que quedaron reducidos a escombros. Sobre la ciudad en ruinas, donde las ratas campaban a su antojo, un cielo plomizo y bajo se cernía sobre los cascotes, las cacerolas abolladas, las muñecas de pelo estropajoso, las puertas arrancadas de cuajo, las sillas cojas, los jirones de ropa, los papeles volanderos... Y yo me había limitado a contemplar cómo se consumaba la destrucción sin pestañear, con indiferencia.

XXVIII

Al principio bastaba una sonrisa de Jorge para restituir la tranquilidad, al menos en parte. A medida que transcurría el tiempo, se hicieron necesarios argumentos más elaborados.

Una tarde apareció en compañía de un colega suyo.

Este señor venía a ver a mis padres. El asunto no dejaba de tener gracia: ¿quién era el enfermo? ¿ellos o yo?

Desde luego, me guardaría de mostrar mi regocijo. Recordaba el episodio del taxi, sus explicaciones y mi risa, que se tomaron a mal.

Mi situación personal no había mejorado ni empeorado. Quizá la palabra que ellos empleasen sería estancamiento.

Tras una tanda de sesiones con el psicólogo, de la que esperaban una curación milagrosa, había que rendirse a la evidencia de que tal acontecimiento no se había producido.

A este resultado desalentador había que sumar la falta de inspiración de Jorge.

La “crisis pasajera propia de la edad” ya no colaba. Puede que lo de “crisis” tuviese todavía vigencia, pero lo de “pasajera” había perdido toda credibilidad.

Ocupado estaba en estos pensamientos cuando se me ocurrió mirar el reloj: faltaban diez minutos para la clase de música.

Me levanté del sillón y cogí el método.

La conversación que mantenían en el despacho de mi padre, se alargaba demasiado.

Bajé la escalera con cuidado. Era posible que la puerta del despacho estuviese abierta, en cuyo caso no podría salir sin ser visto.

Desde el descansillo comprobé que la puerta estaba entornada. Con un poco de suerte nadie se percataría de mi salida.

Mientras me deslizaba paso a paso, escuché a mi madre en lo que tenía visos de ser una réplica a mi padre.

Éste habría hecho un desafortunado comentario en relación con su familia política, pues mi madre estaba haciendo una minuciosa descripción del comportamiento de un tío de mi padre, ya fallecido, con fama de atronado. Aunque no oí su nombre, no había duda de que estaba hablando del tío Ramón, un hermano de mi abuelo paterno, más conocido en el ámbito local por Ramoncito.

El colega de Jorge preguntó en qué consistían las locuras (así las había calificado mi madre) de ese señor.

Mi padre se apresuró a hacer una rectificación, pero mi madre lo cortó en seco. Acababa de acordarse de otro pariente de naturaleza enfermiza.

Sin curiosidad por conocer su identidad, me alejé con sigilo, abrí despacio la puerta y salí a la calle.

XXIX

Sobre las seis de la tarde iba a comprar tabaco.

Mientras recorría las calles, observaba los mismos corrillos en las mismas esquinas, los mismos parroquianos en los mismos bares, las mismas mujeres de cháchara.

Observaba los mismos rostros cazarros, las mismas manos cogiendo los vasos de café que eran sorbidos ruidosamente, los mismos chasquidos de la lengua, los mismos brazos cruzados, la misma colilla apagada en la comisura de los labios, los mismos dedos amarillentos.

Una tarde, los magnánimos dioses mandaron un emisario: un cerdo de proporciones diminutas que corría a increíble velocidad.

Como era previsible, se organizó un revuelo mayúsculo. Todo el mundo daba muestras de hallarse agitado.

El cerdito con su gracioso rabo rizado era inapresable. Se desplazaba de un lado a otro con absoluta impunidad.

Si le interceptaban el paso, se escabullía por entre las piernas de sus acosadores que, dando media vuelta, contemplaban boquiabiertos cómo se alejaba el gorrino.

Si le tendían una emboscada, el instinto del animal le hacía girar bruscamente y enfilar otra calle, dejando con un palmo de narices a los cazadores.

Los habitantes del pueblo, convencidos de que el cerdito de aladas pezuñas se estaba burlando de ellos, empezaron a manifestar los primeros síntomas de histeria colectiva.

XXX

Esa bola de sebo corredora, que se diría escapada de Liliput, era un mensajero que los dioses, movidos por la compasión, habían enviado. Aires de fiesta se respiraban en el pueblo. Las casas se vaciaban de sus moradores que, en grupos compactos, se dirigían al lugar donde más recientemente había sido avistado el minúsculo paquidermo.

Los vecinos amenizaban su búsqueda con cantos y palmas al tiempo que reclutaban nuevos contingentes de curiosos.

Al cabo de una hora, varias columnas recorrían el pueblo con un único objetivo: acorralar y apresar al gorrino.

Sólo los viejos permanecían recostados en el quicio de la puerta o sentados en el umbral. Pero como la euforia era unánime, cuando una comitiva pasaba por delante de ellos, sentían el impulso de sumarse. Arrebato que sus cuerpos desgastados y achacosos frustraban.

Ellos fueron los primeros en advertir algo raro.

Se sucedían los desfiles con sus enjambres de niños que servían de enlace entre los distintos batallones, a los que escoltaban alborotando y soplando a pleno pulmón en unos trompetines que nadie sabía dónde habían conseguido.

Con una punta de ansiedad, los viejos preguntaban si aún no habían dado caza al lechón. Ante la respuesta negativa, volvían a preguntar si al menos se sabía por dónde andaba. Sobre este particular las versiones eran contradictorias.

Procurando hacer oír su cascada voz en medio de la algarabía, planteaban la siguiente cuestión: “¿Quién ha sido el último que ha visto al cerdito?”. Los interpelados se encogían de hombros y contestaban que no tenían ni idea.

Escamados, los viejos aconsejaban a sus convecinos que tuviesen cuidado, pero su advertencia se perdía en el tumulto sin que nadie se hiciese eco.

XXXI

Parecía que la tierra se había tragado al cochinito. Quizá se había escondido en una casa. Quizá había escapado al campo, en cuyo caso nada se podía hacer.

Pero ¿y si el bribón, cansado como tenía que estar después de esas locas carreras, se hallaba agazapado debajo de una cama, detrás de una maceta o en un rincón oscuro?

Cada escuadrón especulaba sobre las razones de la desaparición y sopesaba las medidas que había que adoptar.

Dado que la polémica suscitada tenía visos de eternizarse y nadie quería irse sin conocer el desenlace de esta historia, hombres y mujeres se fueron acomodando en las aceras, en sillas sacadas de las casas e incluso en mitad de la calle.

Pronto empezaron a circular botellas de vino que eran trasegadas mientras los líderes de esas asambleas desgranaban sus argumentos.

Sólo los viejos estaban ausentes de estas deliberaciones al aire libre.

Algunos, haciendo valer su experiencia de la vida, se dirigieron a sus vecinos desde los balcones o desde las azoteas de sus casas, instándolos a dar por concluida esta jornada y a regresar a sus hogares.

Fueron abucheados.

Una viejecita, a quien la terquedad de los perseguidores exasperaba, los llamó “partida de cretinos”.

A punto estuvo de ser descalabrada por una botella que le arrojó un malnacido, la cual, haciéndose añicos, se estrelló contra los hierros de la barandilla.

XXXII

Cayó la noche. Las asambleas se habían convertido en verbenas, donde se hacía lo propio.

A medida que transcurría el tiempo, aumentaba el desenfreno.

Ante la atónita mirada de los viejos, que seguían espiando a través de los visillos y de las rendijas, se desarrollaron escenas procaces, como las que proliferan en ciudades contaminadas por la peste.

Alguien, sin dar importancia a ese hecho, divisó un perro escuálido al final de una calleja.

El animal, de ojos enterrados en las órbitas, babeaba y gemía. Cuando quiso dar un paso, se derrumbó. Tuvo varios espasmos y sus miembros se fueron agarrotando al tiempo que aumentaba su secreción salivar.

Sin producir alarma, este mismo episodio se repitió en diferentes puntos del pueblo.

La gente no reparaba siquiera en esos perros de pellejo pegado a la osamenta, echando espumarajos, que casi no se tenían en pie.

Algunos mozos intrépidos los cogieron por el rabo y los arrastraron hasta los lugares de mayor concurrencia para animar el cotarro.

Ante la visión de esos chuchos descarnados, las mujeres protestaban, hacían gestos de asco o se volvían de espaldas gritando que se llevasen “esa cosa”.

Los perros gruñían y hacían amago de morder, pero estaban demasiado débiles para atacar.

Cuando los hombretones se cansaban de jugar con ellos, les arreaban un garrotazo en la cabeza.

Con los cadáveres gastaban bromas. La que más les divertía era arrojarlos al interior de las casas.

XXXIII

Cuando el viejecito se acercó a esa sombra más intensa que la oscuridad reinante en el zaguán, comprobó que no se había equivocado. Eso se movía, acezaba, tenía dos puntos brillantes.

Lentamente, con el bastón en alto para protegerse de un ataque, retrocedió hasta encontrar con la mano libre la cancela, que cerró con suavidad, siempre de cara a ese bulto negro.

La frente del viejo estaba cubierta de gotas de sudor.

En el marco de la puerta del comedor se dibujó la silueta de una mujer encorvada. Preguntó a su marido por qué estaba tan callado. El viejo se llevó el índice a los labios, pero su mujer no sólo volvió a repetir la pregunta, sino que le hizo notar que el escándalo exterior había disminuido considerablemente.

El viejo no dijo nada.

“Enciende la luz” le ordenó.

El perro los miraba con ojos desencajados. Tenía el cuello torcido y los pelos erizados. Dio un paso y lanzó un gruñido. De la boca le fluían hilos de baba.

Preso de una fulminante crisis de furor que anonadó a los ancianos, se abalanzó sobre la cancela y empezó a morder los hierros.

“Está rabioso” musitó el viejo.

XXXIV

De pelaje gris y talla mediana, estaban aquejados de extraños tics. Ya no aparecían solitarios por las esquinas y ahí se quedaban expectantes. En grupos de tres o cuatro se acercaban a esas aglomeraciones humanas cuyos miembros hacían esos o se entregaban a toda suerte de impudicias, donde nadie era dueño de sí mismo ni se atrevía a ahuyentar a esos intrusos jadeantes.

XXXV

¿Un gato se asustó y trató de escapar atravesando las filas de sus tradicionales enemigos? ¿Un niño quiso despertar a varios borrachos hacinados en el suelo echándoles un cubo de agua? ¿Un perro que giraba sobre sí mismo en un vano intento de cogerse la cola, al ver que no lo conseguía, atacó a uno de los juerguistas?

Un aullido más agudo desencadenó un concierto infernal. El pueblo se llenó de prolongados ladridos a los que se unieron bien pronto los gritos de terror de sus habitantes.

La gente, para ponerse a salvo, empezó a correr, acicateando de esta forma la saña de sus perseguidores.

Los que aún conservaban restos de lucidez se armaron con objetos contundentes o punzantes, sin obtener mejores resultados que los que se dieron a la fuga a cuerpo descubierto.

Paralizada por el miedo, una mujer con los pelos revueltos esperaba el fatal desenlace. Aquel se defendía repartiendo mandobles. Éste juraba y perjuraba desde la ventana a la que se había encaramado, y desde la que propinaba puntapiés. Otros se revolvían con sus atacantes en el suelo. La población fue pasto del furor de las hordas caninas.

Aparte de los viejos atrincherados en sus casas, pocos fueron los que conservaron la integridad física. El ensordecedor criterio de las víctimas duró varias horas.

XXXVI

¿Se presentaron de improviso o paulatinamente? ¿Juntas o por separado?
En cualquier caso, allí estaban. Marcando el ritmo de mi vida.
Tiranizándome. Amantes de dudoso encanto. Compañeras caprichosas.
Omnipotentes y omnipresentes. Nueva encarnación de las Parcas.
Zamarreándome. Hostigándome. Seductoras y mezquinas.
Entre ellas y yo surgió el inevitable enfrentamiento por alzarse con la
hegemonía. Profundas conoedoras de las técnicas de la guerra, cambiaban
de estrategia a tenor de las circunstancias.
Su objetivo era someterme. Por mi parte, tan pronto les plantaba cara como
me convertía en su siervo.
Cuando me veían vencido o agotado, me acunaban en sus brazos,
susurrándome promesas. Me adormecían con sus arrullos. Me juraban
fidelidad eterna.
En la oscuridad de mi dormitorio, conversaba con ellas en un intento de
llegar a un acuerdo.
En la soledad de mi dormitorio, conseguía sustraerme a su influjo. Me
rebelaba. Rechazaba sus exigencias. Les arrebataba las concesiones
otorgadas en momentos de debilidad.
Ellas no se inmutaban. Se limitaban a sonreír y a guardar las distancias.
Aquello sólo era una tormenta de verano. Un chubasco que apenas moja la
ropa.
Tras la noche vendría el día. Entonces recobrarían su poder. Entonces mis
súplicas no inspirarían compasión sino desdén.
Mis fanfarronadas nocturnas eran cuentas pendientes que no olvidaban
cobrar.
No bastaba con que me humillase. No bastaba con que reconociese mi
error. El insobornable tribunal de mis obsesiones y fobias me condenaba
sin paliativos a la anulación.

XXXVII

El rodar de las vagonetas venía acompañado de una cuenta atrás cuyos números retrocedían a la misma velocidad que avanzaba la máquina. Removiéndome en la cama, presentía el curso de los acontecimientos. Debía tranquilizarme. Resistir. No dejarme llevar por los nervios. Miraba el contador que marcaba una cifra astronómica y me decía aliviado que no tenía por qué preocuparme. Billones, trillones, cuatrillones se interponían entre la locomotora y yo.

Dada la cantidad de números que nos separaba, podía seguir durmiendo a pierna suelta hasta la mañana siguiente. Tenía tiempo sobrado de despertarme con ese ruido metálico en los oídos sin que se hubiese agotado la cuenta.

Me engañaba. Bastaba echar una mirada al contador para percibirse de la falsedad de ese razonamiento.

El tan temido cero no era una meta remota sino una posibilidad enloquecedoramente real.

¿Qué había tras el cero?

Asistía atónito a la marcha descendente de los números y ascendente de la máquina.

Mi cuerpo se iba tensando y cubriendo de sudor a medida que el miedo aumentaba en progresión geométrica hasta transmutarse en un ataque de pánico.

XXXVIII

Abatido y exhausto, me convertía en un pasajero de ese tren procedente de un abismo interior.

Encerrado en una de sus vagonetas cuadrangulares en las que apenas cabía un cuerpo en posición fetal, ciego a causa de la intensa negrura, ensordecido por el traqueteo de las ruedas, una sola sensación, que se expandía en oleadas desde mi estómago, me era dable experimentar: el vértigo.

El paso de espectador a ocupante de ese tren con destino a la nada se operaba según una inapelable lógica onírica.

El convoy surgía de una profundidad insonidable. Su empuje no admitía resistencia.

Una vez empotrado en la vagoneta, no había escapatoria ni salvación. Ineluctablemente, a la velocidad de la luz, la máquina franquearía la pavorosa barrera del cero.

XXXIX

Para enfrentarme a la rutina diaria, uno de los recursos de que disponía era crear historias. Los resultados de esta treta para burlar a la chata realidad no siempre eran satisfactorios. A veces la historia que estaba montando perdía de improviso todo su interés.

Tejía historias apasionantes e inverosímiles. Historias descabelladas. Historias para ser susurradas al oído de alguien. Historias subversivas, eróticas, sin pies ni cabeza. Fabulosas historias de tesoros escondidos. Historias realistas en las que el detalle se cuidaba al máximo. Historias ambientadas en Sevilla o en Pernambuco. Historias en las que aparecían cientos de personajes cuyas vidas se entrecruzaban. Historias que eran recreaciones del siglo de Pericles o de un hecho anodino. Historias vanguardistas con latas de conservas vacías que rellenaba de esotéricas significaciones. Conmovedoras historias con o sin moraleja. Historias divinas y humanas. Historias que incluían un descenso a los infiernos o un ascenso a los cielos. Historias al estilo de Lovecraft. Historias futuristas cuya acción transcurría en el planeta BXZ 27853. Historias preñadas de presagios. Historias familiares, pueblerinas, efímeras, sugerentes.

Para combatir el tedio forjaba historias que no me era necesario destejer al amparo de la oscuridad, como a Penélope su velo, pues ellas solas estallaban más pronto o más tarde.

El trabajo de la mujer de Ulises y el mío coincidía en que ambos aspirábamos a engañar. Ella a sus numerosos pretendientes, yo al tiempo. Ella con su tela inacabable, yo con mis fugaces pompas de jabón.

XL

“Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus”.

El profesor de música escanció solemnemente las sílabas latinas en nuestros oídos. Luego nos mostró la contraportada del disco en uno de cuyos ángulos había un retrato del hombrecillo –eso parecía a primera vista– que respondía a esa ristra de nombres.

Grande fue nuestra sorpresa cuando comprobamos que ese caballerete vestido con casaca de amplios faldones, con la mano derecha apoyada en la cintura y con la izquierda escondida en el chaleco, era un niño adornado con los atributos de la edad adulta: un espadín al cinto, el pico del chambergo asomando por el hueco de su brazo doblado, la peluca con un lazo en la cola y quién sabe si una cajita de rapé en uno de los bolsillos de su traje de gala.

De pie ante el clavecín, mirando al espectador, el jovencísimo ejecutante era consciente de la admiración que suscitaba a su alrededor.

“Éste que veis aquí” prosiguió “fue un caso de precocidad musical. Muy pronto se reveló como un virtuoso que tocaba sin necesidad de partituras. Sus primeras composiciones datan de 1761, es decir, de cuando tenía cinco años”.

Íbamos a escuchar la sinfonía número 40 en sol menor.

A grandes trazos nos contó la historia de Mozart, deteniéndose en su infancia para subrayar la singularidad de este genio que empezó su carrera cuando apenas levantaba unos palmos del suelo.

Mientras él hablaba, yo trataba de imaginarme a ese niño que dio su primer concierto a los seis años o quizá antes, y que recorrió las principales ciudades europeas de su tiempo pasmando a la gente que asistía a sus exhibiciones.

Múnich, Augsburgo, Ulm, París, Londres, Ámsterdam, Utrecht, Amberes, Bruselas... rindieron honores a este portento.

Con circunspección y naturalidad, resolvía los problemas técnicos que le planteaban encopetados entendidos. Sin envanecerse ni alardear, superaba las pruebas a que era sometido por esos doctores.

Su padre lo había aleccionado al respecto. El comportamiento del niño no debía adolecer ni de falsa modestia ni de vano orgullo. Debía mantenerse en todo momento en un punto intermedio que, infundiendo respeto, no le

granjease antipatías. Nada de prodigar sonrisas después de las actuaciones. Una leve reverencia bastaba.

Dejé de escuchar al profesor. Estaba absorto en la contemplación de un parque con frondosos árboles, bancos de piedra y estatuas sobre pedestales. Por una ancha avenida cubierta de hojas, paseaban hombres y mujeres ataviados elegantemente.

Un grupo familiar compuesto por cuatro miembros avanzaba con afectada distinción. En cabeza iba un señor con un niño. Un poco más atrás, una dama llevaba a una niña de la mano.

Marchaban despacio, como exige la etiqueta. En silencio. Estirados. Mirando al frente. Dejando tras sí una estela de comentarios.

XLI

Mamá andaba erguida. Solía ponerse unos vestidos con vuelo, confeccionados en una tela estampada de grandes flores. Recuerdo uno en particular que me horrorizaba. Era negro con enormes rosas de tallos y hojas verdes.

Según ella, la ropa vaporosa le daba un aire etéreo. Y disimulaba su adiposidad galopante que era incapaz de controlar.

Le encantaban los lazos, los bullones, los plisados y, sobre todo, los faralaes, que le permitían turbarse como una quinceañera cuando una ráfaga de viento los hacía ondear.

Mientras se apresuraba con ambas manos a mantener la falda en posición vertical, lanzaba miradas en derredor para comprobar que los transeúntes se habían detenido a presenciar el espectáculo.

Eso era, en efecto, lo que ocurría. La gente observaba divertida cómo manoteaba para contrarrestar las acometidas del viento.

Cuando comprobaba que era el foco de atención, sus gestos se multiplicaban e incluso simulaba enfadarse con Eolo por su insolencia y su terquedad.

También daba grititos y lanzaba exclamaciones tales como “¡Santo cielo!”, “¡Dios de las alturas!”.

En los casos extremos se refugiaba en la tienda o en el zaguán más cercanos.

Temía salir con mamá en los días borrascosos. Pero a ella le importaba un comino que su comportamiento me abochornase. Se tenía por la encarnación de la espontaneidad. Cuando, en uno de esos lances callejeros, reparaba en mi incomodidad, me llamaba “tontín” y asunto concluido.

Las salidas en horas punta, vísperas de fiesta o en temporadas de rebajas se convirtieron en una pesadilla después de que, tras mis primeras apariciones en público, empezara a ser conocido.

Tras emperejilarme, anunciaba que iríamos de compras o a visitar a tal o cual amiga suya, aunque luego nos dedicásemos a pasear por el centro de la ciudad y a mirar escaparates.

Si papá intervenía para hacer desistir a mamá de ese ridículo vagabundeo, ella se enfurecía y replicaba que era lamentable que él no entendiese algo tan simple como que todo eso lo hacía por mí, que malditas las ganas que ella tenía de dar barzones.

En estas escaramuzas papá optaba por callarse. Prefería no discutir. Y quedarse en casa.

En cuanto a mí, dos preguntas me cosquilleaban en la lengua. Dos preguntas que me hubiese gustado hacer a mamá.

¿Qué era todo eso que hacía por mí? ¿Por qué nos pasábamos las tardes trotando por la ciudad si, como afirmaba, no sentía el menor deseo?

XLII

El reconocimiento de mi portentosa facilidad para aprender idiomas tuvo lugar oficialmente el día de mi cuarto cumpleaños.

Mamá se había empeñado en contratar los servicios de una institutriz británica que cuidase de mi educación. Ella había tenido una y, aunque su inglés era macarrónico, ensalzaba los beneficios lingüísticos derivados de crecer a la sombra de una miss seria, enjuta, de ojos claros y cabellera lacia, que así es como recordaba a la suya.

Había que buscar a una miss que no hablase español, para que mis progresos en inglés fuesen más rápidos.

A papá le pareció bien la idea. Legitimada con su beneplácito, mamá se dedicó a consultar agencias y contactar con personas enteradas; todo lo cual se traducía en largas horas colgada del teléfono. Cuando no estaba haciendo gestiones, invitaba a merendar a sus amigas y, tarde o temprano, sacaba a colación este asunto que, según confesaba, tantos quebraderos de cabeza le estaba dando.

Se convirtió en una asidua del consulado de Su Graciosa Majestad en Sevilla. En el norteamericano no puso los pies, pues tenía claro qué clase de acento quería para mí.

Sus esfuerzos se vieron recompensados. Un día apareció una muchacha delgada, más bien alta, melena lisa hasta los hombros, ojos de un azul desvaído tirando a gris, piel blanca y dedos largos. Reunía casi todos los requisitos exigidos: severidad, hieratismo, buenos modales y una ignorancia supina de la lengua española.

Había un único inconveniente: era demasiado joven. Mamá esperaba una miss de más edad.

Miss Mary Dickinson demostró sin lugar a dudas que no era necesario ser una cuarentona para hacerse respetar por un crío o por un adulto en el caso de que cualquiera de los dos se extralimitara.

La contemplo con la maleta y el bolso de viaje a su lado, de pie ante mamá, sentada en el canapé de raso rosa que engalana el salón del mismo color donde decidió recibirla.

Está de espaldas a mí, escuchando el discurso de bienvenida en inglés que mamá ha preparado.

Pero su memoria flaquea y a los pocos minutos se enreda.

Miss Dickinson, para ayudarla a salir de apuro, le hace una pregunta. Mamá dice “sorry”. Mi flamante institutriz, esmerándose en la pronunciación, repite la pregunta. Mamá sigue sin comprender. Finalmente, miss Dickinson le tiende unos papeles a cuyo estudio mamá se aplica. Mientras la señora está absorbida en la lectura, mi preceptorra vuelve la cabeza y me mira de hito en hito. Pian, piano, emprendo la retirada.

XLIII

Cuando, pocos días después de su llegada, miss Dickinson comunicó que estaba asombrada de mis adelantos en la lengua de Shakespeare, mamá aceptó el hecho con la mayor naturalidad.

La institutriz empezó enseñándome canciones y el nombre de los objetos corrientes, que yo memorizaba con extraordinaria rapidez, así como también sus expresiones de fastidio en relación con la comida y las costumbres indígenas.

Tener de pupilo a un niño que capta todo de inmediato, no debe ser agradable. Es difícil relajarse ante un pequeño ogro al que no se le escapa ningún detalle.

Me hago cargo de la antipatía que inspiraba a miss Dickinson. Ni siquiera podía desahogarse contando que yo era travieso o maleducado, pues mi conducta era intachable.

El sentimiento de desagrado era recíproco. No nos queríamos, aunque ambos tratásemos de disimularlo.

Ignoro si estuvo en mi mano ganármela. No lo intenté.

Según las reglas que impuso, pese a nuestra estrecha convivencia, había que guardar las distancias.

En cuanto a mi instrucción, tuvo que cambiar de método. Una mañana apareció con cuadernos, libros y lápices. Iba a enseñarme a leer y a escribir en inglés.

No se privó de decirme lo que pensaba al respecto. Le parecía una burrada. Las actividades apropiadas a mi edad eran los juegos, pero ella había agotado su repertorio.

Así pues, se veía obligada a emplear otros medios.

Yo contemplaba embelesado los cuadernos y libros que había colocado en la mesa. Estuve a punto de responder, si bien me contuve a tiempo, que estaba de acuerdo con el cambio.

Pero miss Dickinson no buscaba mi aquiescencia. Le habría dado igual que me mostrase encantado con esa idea. Y no iba a confesarle que estaba hasta la coronilla de sus juegos y de sus canciones.

Como era normativo no manifestar las emociones, a ello me ceñí y no hice ningún comentario.

Mamá había congregado a todas sus amistades para que fuesen testigos del acontecimiento. Se deslizaba por entre los grupos interesándose por la salud de la tía o de la abuela de los invitados, interviniendo en las conversaciones o preguntando por un ausente.

A veces, como impulsada por un resorte, abría los brazos y cruzaba el salón para agasajar a una señora de porte marcial o a un joven atildado que daba la impresión de sentirse perdido en ese ambiente. A renglón seguido, los abandonaba a su suerte y corría a ocuparse de otro recién llegado, a inmiscuirse en la charla de unos amigos de su marido o a verter “sotto voce” en el oído de la criada una orden o una recomendación de última hora.

Miss Dickinson y yo permanecíamos en un rincón. La fiesta era en mi honor, como así lo corroboraba el hecho de que los invitados se acercasen a felicitarme, prodigándome cariñosas palmadas.

A simple vista nadie hubiese adivinado que se trataba de una fiesta de cumpleaños. No había globos ni piñatas ni cadenetas. La mullida alfombra que silenciaba nuestros pasos, no sería tampoco espolvoreada con papelillos de colores ni cruzada por serpentinas.

Un solo detalle respondía al espíritu de una celebración de esta clase: una tarta con cuatro velitas salomónicas en mitad de una larga mesa adosada a la pared. Su aislamiento provocaba tristeza y, de hecho, constituía un elemento discordante, flanqueada como estaba de bebidas alcohólicas y exquisiteces culinarias.

Miss Dickinson no apartaba los ojos de mamá, en espera de la señal convenida para que yo hiciera mi entrada en escena. Fue ella quien me sacó de mis cavilaciones. Había llegado el momento cumbre de la tarde.

Mamá, sentada en un sillón, y papá, de pie a su lado, componían un cuadro de felicidad conyugal. Según lo previsto, yo debía atravesar la habitación y unirme a mis progenitores.

Se hizo un silencio sobrecogedor. Fue necesario que la institutriz me diese varios empujoncitos.

Cuando estaba a mitad de camino, los nervios pudieron más y eché a correr. Mamá, en cuyo regazo había buscado refugio, me separó de ella y me acarició la barbilla. Luego, con una radiante sonrisa de disculpa, se dirigió a los invitados.

El Cielo había sido muy generoso con ella. De entre todos los regalos recibidos de tan alta instancia, del que se sentía más agradecida y orgullosa era de mí. Sin sombra de pudor, ponderó y enumeró mis cualidades.

Allí donde me veían, yo era un niño prodigo, concluyó.

Cuando se apagaron los murmullos, mamá prosiguió. La señorita Dickinson podía confirmarlo.

La institutriz, que no había comprendido, balbució unas palabras de excusa.

Mamá me pidió que sirviera de intérprete y así empezó la función.

Miss Dickinson corroboró con un monosílabo la declaración de la señora.

Tras exponer los resultados obtenidos en pocas semanas, mamá me rogó que hiciera una demostración de mis excepcionales facultades.

No se oía el vuelo de una mosca. Me aclaré la voz y empecé a recitar en un inglés armonioso el monólogo de Hamlet:

“To be or not to be: that is the question:
Whether’tis nobler in the mind to suffer”...

XLV

Miss Dickinson nos dejó por iniciativa propia. Con su brutal sinceridad comunicó que se podía prescindir de sus servicios.

No hubo peros por parte de mamá. Ambas mujeres se profesaban una aversión mutua.

La institutriz británica, cuya sequedad e inflexibilidad no suscitaban la simpatía, no sólo se negaba a secundar los proyectos de la señora, sino que no tenía reparo en echar un jarro de agua fría sobre su calenturienta cabeza. Y esto, que mamá no permitía ni a su marido, se lo tenía que consentir a una extraña en virtud de las prerrogativas de su cargo.

Su incompatibilidad se manifestaba a todos los niveles. Miss Dickinson tenía buena figura y vestía con sobriedad. Mamá, metida en carnes, tenía debilidad por los colores vivos y las telas estampadas. Miss Dickinson era la discreción personificada. Mamá era parlanchina y metomentodo. Miss Dickinson era parca en el comer y no tanto en el beber. A mamá le pasaba tres cuartos de lo mismo pero al contrario. Miss Dickinson no se casaba con nadie, pues era una mujer de férreos principios. Nunca averigüé cuáles eran los de mamá, que no perdía la oportunidad de lucirse aunque fuera a costa de incurrir en flagrante contradicción. Estaban hechas para no vivir bajo el mismo techo.

Con su decisión de marcharse, miss Dickinson solventó el problema que mamá tenía planteado, y que era justamente ése: librarse de ella.

Entornando los párpados, mamá soñaba con legiones de institutrices que me enseñarían sus respectivas lenguas. ¿No era su obligación propiciar el desarrollo de mi inteligencia y sacar el máximo partido de mis dones?

XLVI

Se fue sin despedirse. La víspera de su partida la vi muy atareada. Rebosaba alegría. Lo cual, supuse, era normal, pues regresaba a su país. Me chocó que, siendo enemiga de manifestar las emociones, anduviese de acá para allá radiante de satisfacción. Incluso me agasajó con un conato de sonrisa.

Cuando le comenté a mamá que miss Dickinson se había ido a la francesa, me respondió que había tenido que levantarse temprano para coger el avión.

A renglón seguido añadió que no pensase en eso. Ella, que estaba en todo, me proporcionaría una sustituta. Luego aspiró una bocanada de aire.

La institutriz inglesa inauguró un estilo de vida marcado por las sucesivas señoritas que ocuparon su puesto.

Dependiendo de la dificultad de la lengua en cuestión, la permanencia de las jóvenes extranjeras oscilaba entre los seis y los nueve meses.

Quedó estipulado mediante cláusulas contractuales que mis preceptoras dejarían el trabajo en cuanto éste se revelase inútil. Se comprometían asimismo a mantener al corriente a mamá, a quien los sábados por la mañana debían informar de las actividades y progresos realizados por mí durante la semana, sin omitir ningún detalle por insignificante que les pareciera.

Como compensación a este férreo control, mamá, con la oposición de su marido que no participaba de su prodigalidad, se mostró espléndida a la hora del estipendio. Comprendía que las condiciones impuestas eran duras, pero si las nuevas institutrices las aceptaban, no le escocía pagar unos honorarios más altos.

Gisèle Le Bihan, una bretona morena y bajita, fue la primera en firmar ese documento.

XLVII

Miss Le Bihan se prestó al juego de buena gana. En comparación con su predecesora, me pareció el colmo de la amabilidad.

Aunque su interés por mí fuese un tanto forzado, ello no fue óbice para que se crease un clima de cordialidad.

Un día en que, conversando en francés, la charla derivó por esos derroteros, no tuvo inconveniente en responder a preguntas de índole personal. Así supe que había estudiado lengua y literatura españolas en la universidad de Nantes. Le dije que conmigo iba a practicar bien poco ya que le estaba formalmente prohibido dirigirme la palabra en mi propia lengua.

A miss Le Bihan le brillaron los ojos. Tras un momento de vacilación, me respondió que, gracias a los puntuales informes sabatinos y a las numerosas intromisiones de mamá, su manejo del español se había consolidado. Tal vez bromeara como parecía indicar su sonrisilla socarrona, pero, en definitiva, estaba diciendo la verdad.

Mamá encomiaba la sonoridad de la lengua francesa e incluso se vanagloriaba de entenderla y, llegado el caso, hacerse entender. Lo cual no tenía nada de extraño, aseguraba, pues había estado interna en un colegio suizo.

Lo cierto era que entre ellas, como se desprendía de los irónicos comentarios de miss Le Bihan, sólo hablaban en román paladino.

Más adelante tuve noticia de otra disposición del contrato fraguado por mamá, en la que se especificaba que las aspirantes al puesto de institutriz debían saber expresarse pasablemente en nuestro idioma.

Para evitar que se reprodujese la embarazosa situación vivida con miss Dickinson, mamá guardaba las espaldas.

XLVIII

Un domingo primaveral se hallaba reunida la familia, incluida miss Le Bihan, a la hora del desayuno. Había amanecido lloviendo. Por esta razón nos veríamos obligados a hacer en coche el trayecto de nuestra casa a la catedral, que era donde oímos misa. Mamá estaba de mal humor.

Si persistía el mal tiempo, tendríamos que sacrificar también nuestro paseo dominical. Esta eventualidad la contrariaba sobremanera. Mientras untaba las tostadas con mantequilla y las cubría con mermelada, no paraba de lamentarse.

Yo miraba correr los hilillos de agua sobre los cristales de la ventana. Sólo hablaba mamá, que volvía una y otra vez sobre el mismo tema.

Aprovechando un momento de silencio, se me ocurrió decir:

“Glav da c’houlou-deiz
Ne zalc’h betek kreisteiz.”

Apartando de sus labios la taza de café con leche, mamá dijo: “Eso no es francés”. Miss Le Bihan respondió que, en efecto, no lo era. “¿Y qué es?” “Un proverbio bretón”.

Así fue como mamá descubrió que miss Le Bihan me había transmitido sus escasos conocimientos de la lengua de sus mayores.

Había nacido en un pueblecito del interior. Sus abuelos hablaban bretón.

Sus padres lo chapurreaban. Ella sólo sabía frases y palabras sueltas.

Cuando se cansaba del intenso ritmo de ejercicios y lecturas en francés, le divertía explorar los límites de mi memoria con esos vocablos celtas de extrañas resonancias.

Mamá dudó entre enfadarse o alegrarse. Aunque entendía que no era más que un juego, ella debía estar al tanto de todos los pormenores.

Por supuesto, el aprendizaje del bretón estaba excluido de sus planes. Esto fue lo que la hizo vacilar. Pero mamá se percató enseguida de que este suplemento lingüístico constituía una nota pintoresca en mi formación.

Bien mirado, era como un regalo de miss Le Bihan en vísperas de su partida.

XLIX

Mi preceptora francesa fue remplazada por otra alemana: miss Veronika Breuer, que lo sabía todo sobre mí y venía dispuesta a exprimirme en un tiempo record.

Me hizo repetir el saludo en alemán todas las veces necesarias hasta alcanzar una correcta pronunciación. Luego nos presentamos, ella en primer lugar y, sobre el modelo suministrado, yo a continuación. Me dijo su edad y yo le dije la mía.

Estábamos intercambiando datos sobre nuestras respectivas familias y naciones cuando la criada llegó para anunciar que la señora estaba esperando a miss Breuer en el salón rosa.

Antes de irse, me cogió por los brazos, me zamarreó ligeramente y, en un tono confidencial, me comunicó algo que no entendí.

Al final de su alocución recabó mi aquiescencia, que me apresuré a otorgarle.

Poniéndome una mano sobre un hombro, me soltó otro discurso en alemán. Yo asentí de nuevo y ella se fue a su entrevista.

Más tarde, mamá me comentó la buena impresión que miss Breuer le había producido. También para mí fue una sorpresa, como he tenido pocas en mi vida, toparme con la nueva institutriz en el vestíbulo, rodeada de bultos.

Agarrado al pasamano, bajaba la escalera saltando los peldaños de dos en dos. Me detuve y me quedé contemplándola como un pasmarote. Miss Breuer no podía estarse quieta. Incluso en algún momento masculló algo. Todavía vivos los reproches de miss Dickinson a cuenta de mi excesiva curiosidad, empecé a retroceder. Pero la nueva institutriz reparó en mí, me llamó y dimos la primera clase.

Con miss Breuer se rendía a tope. Su vitalidad y su desinhibición le permitían premiarle, tras una intensa jornada de trabajo, con una selección de canciones populares interpretadas por ella misma a la guitarra.

Este hecho no tendría mayor relevancia si no fuera porque miss Breuer, a pesar de todo su esfuerzo, no sabía cantar. Consciente de sus limitaciones musicales, rubricaba con risas sus actuaciones.

L

En el cuerpo de miss Breuer predominaba sin discusión la línea curva. Sobre sus amplias caderas de matrona bávara que se estrechaban acusadamente en la cintura, se alzaba un busto majestuoso. El día señalado estaba más nerviosa que yo, pero menos que mamá. Pasó toda la mañana probándose vestidos delante del espejo. Al final se decidió por unos pantalones verdes y un suéter de cuello alto con varias vueltas. De esta guisa hizo irrupción en mi dormitorio, andando con dificultad a causa de lo ceñido del conjunto.

Mamá, que ya estaba de tiros largos y dirigía la tarea de mi engalanamiento, la criada, que la obedecía sin rechistar, y yo nos quedamos de una pieza.

Por lo general, miss Breuer mostraba una sabia predilección por las faldas que, sin anular los rasgos más sobresalientes de su anatomía, no los subrayaban tampoco.

“Estás encantadora” le dijo mamá, que fue la primera en reaccionar. “¿No es verdad, Juana, que esas prendas la hacen más joven?” La criada respondió con un “sí, señora” apenas audible.

Mamá tenía razón, aunque más que rejuvenecida, miss Breuer parecía aniñada.

La sonrisa que esbozó no disimulaba, sin embargo, su falta de convencimiento ante los halagos de mamá. Luego, a pasos cortos, se acercó a la ventana.

Como nos tenía acostumbrados a bruscos desplazamientos, pensé en un lógico temor a que las costuras estallasen.

Estaba indecisa. Había observado que yo no le quitaba los ojos de encima. Así que acabó preguntándome en alemán si me gustaba su atuendo. Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

Miss Breuer suspiró y salió de la habitación tan de prisa como se lo permitían sus ajustados pantalones.

Mamá me reprochó mi impertinencia. Pero era el retraso en la partida lo que de verdad le molestaba

Teníamos concertada una cita con el presentador de un programa radiofónico. Dicho señor era amigo de un conocido de mamá. Nos esperaba en una cafetería céntrica a las once.

De allí nos encaminaríamos a los estudios de la emisora donde sería grabada la entrevista, en la que estaba previsto que participásemos mamá, miss Breuer y yo.

Por mi parte, además de contestar a las preguntas, debía mantener una pequeña conversación en alemán con mi institutriz, así como también recitar poemas en esta lengua, en inglés y en francés.

LI

Le lengua italiana se me rindió en tres meses. Mamá previno con precisión matemática a miss Pratolini de que “eso” ocurriría.

“Eso” no era una profecía sino una deducción basada en datos de los que mamá se había hecho un deber dejar constancia por escrito.

Tenía rellenos varios cuadernos en los que consignaba al detalle todo lo referente a mi aprendizaje. Estas anotaciones no eran sólo de índole pedagógica. Un sinnúmero de anécdotas ocupaban tantas páginas como las consagradas a mis progresos lingüísticos.

Con miss Pratolini se inició una nueva etapa marcada por los viajes. Había llegado la hora de salir del anonimato.

Yo tenía seis años y la suficiente lucidez para saber a qué atenerme. Según los testimonios de los que frecuentaban nuestra casa, nunca habían visto a mamá tan emprendedora y feliz.

Me volví taciturno, pero nadie pareció reparar en ese cambio. A fin de cuentas yo era más bien reservado.

A raíz de mi primera intervención radiofónica, seguida de una entrevista en un periódico local, mamá había concebido proyectos más vastos.

A miss Pratolini no hizo falta convencerla de que colaborara. Desde el primer día secundó encantada los planes de mamá.

Era un poco más joven que la señora. Esta circunstancia, unida a unos caracteres semejantes, contribuyó al buen entendimiento de ambas mujeres, que pusieron manos a la obra con empeño.

A papa lo escamaban sus interminables conversaciones, que concluían en una llamada de teléfono o en la redacción de una carta. Su interés era acogido con deferencia y sus preguntas respondidas con parquedad. Si insistía, se impacientaban. Si se sentaba con la intención de participar en la charla, ésta empezaba a languidecer.

Mamá necesitaba que festejasen sus ocurrencias. Si se procedía de esta forma, cabía la posibilidad de modificar e incluso de suprimir parcialmente, aunque para esto se requería mucha ciencia, sus planes.

A miss Pratolini le bastaron días para comprender algo tan simple. Papá, tras años de convivencia, aún no se había enterado.

Antes del evento, acompañada de la institutriz italiana, mamá recorrió la casa de arriba abajo, sin omitir el jardín, escudriñando todos los rincones.

Había ordenado una limpieza general a fondo.

Mi suerte estaba echada. Una revista nacional vendría a hacer “in situ” un reportaje.

En su libro “Memorias de un niño políglota” mamá detalla nuestras giras por España y por el extranjero.

Nos hemos convertido en una pareja famosa. Nuestras apariciones en televisión, aparte de proporcionarnos popularidad, han creado un cliché sobre mí.

Las conversaciones más bien estúpidas que mantengo en los platós con el nativo de turno, suscitan una incomprensible admiración.

Mis actuaciones se desarrollan según un esquema que admite pocas variaciones. Un presentador sonriente empieza haciendo preguntas a mamá, casi siempre las mismas, como lo son también las respuestas.

A continuación me somete a un cuestionario cuyo objetivo es informar al espectador de mis gustos y aficiones.

Tras esta introducción cuya finalidad es demostrar mi normalidad, el presentador, frunciendo levemente el entrecejo, me invita a exhibir mis dotes.

El número consiste en recitar textos y mantener un diálogo con los nativos que me tienen preparados. También se pide a alguien del público que me ponga a prueba.

Con esta batería de improvisadas preguntas en diferentes lenguas finaliza mi intervención entre los aplausos de los espectadores convencidos de que no hay trampa ni cartón.

Madrid, París, Londres, Berlín, Roma, Moscú...son algunas de las ciudades que he visitado en compañía de mamá y de miss Pratolini primero, y de miss Kovalevski después.

En nombre de la ciencia o de la diversión, me han hecho desde simples test a sofisticados electroencefalogramas, cuyos resultados mamá se ha encargado de recoger y ordenar.

Después que miss Kovalevski nos dejara, mamá invirtió seis meses en componer su libro, que está teniendo un éxito notable. Para mí ha sido un respiro. Si no fuera por los inevitables paseos, incluso podría afirmar que llevo una vida como la de cualquier otro niño de mi edad.

Ahora tengo un profesor particular al que se le ha encomendado la tarea de completar mi formación cultural, plagada de lagunas.

Es evidente que estoy mejor dotado para las lenguas que para las matemáticas. De hecho, he aprendido portugués escuchando la radio.

Ayer mamá me dijo que me tiene preparada una sorpresa. Me pregunto cuál será su nacionalidad.

LIII

Como interminables filas de hormigas entrecruzándose, soslayándose, presurosas siempre. Como moscas en los días de verano. Posándose en el brazo, en la nariz, en la frente. No dejándote en paz. Volviendo cuantas veces son espantadas.

Mariquitas anaranjadas y punteadas de negro que extienden sus élitros y levantan el vuelo. Libélulas de cuerpo rojizo y alargado. Mantis religiosas que se confunden con las ramas verdes. Cigarrones de patas saltadoras. Mariposas blancas, amarillas, azules. Zapateros con su caparazón rojinegro semejante al escudo de una tribu africana.

Y esa comezón sólo comparable al placer de apresar, de enjaular, de escribir, de ver cómo se mueven en la palma de la mano, de crear una frase. Climatórico, perdulario, tunda, paripé, acharado, esmorecido, conchabarse, engolliparse, bitácora, cotufa, destemplanza, barbián, añil, al retortero. Y la magia contenida en mahaprajnaparamita.

Tan parecidas a los insectos. En un descuido las atrapas. Si las convocas, no vienen. Si les tiendes una trampa, la burlan. Si abandonas, se te agolpan en la cabeza. No hay tretas que desconozcan.

Las encuentras en cualquier parte. Del brazo de un palurdo incapaz de apreciar su belleza. En informes oficiales, folletos turísticos, seriales lacrimógenos. En prostíbulos, congresos, tabernas.

Pero cuando más las necesitas, no acuden a tu llamada, se hacen las sordas, permanecen ajenas. Y luego van y se venden al primer postor.

...sus sospechas se revelaron ciertas. Pedrito Andévalo se había mostrado reticente y poco preciso en la conversación mantenida en el bar del Nuncio. Una actitud semejante sólo podía significar una cosa: había un sector que se oponía a que él encabezase la candidatura en los próximos comicios locales. Un sector minoritario pero influyente que, a pesar de su jacobinismo, no tenía reparo en conchabarse con el ala más conservadora del partido con tal de conseguir sus fines.

Lo veía con meridiana claridad. Si pensaban que iba a darse por vencido, se equivocaban de medio a medio...

...huíamos de Rosario Velarde como de la peste. Bastaba que se aludiese a cualquier enfermedad para que ella empezase a experimentar los síntomas. Aparte de lo aprensiva que era, se consideraba el ombligo del mundo. Sabíamos todo lo referente a su embarazo y al nacimiento de su hija, que su madre estaba chocha por la nieta y se pasaba todo el día haciéndole gachas, que no probaba el alcohol ni le gustaban las alubias, que el director del banco donde trabajaba le había llamado la atención injustamente por hablar demasiado con sus compañeros, cosa que no era cierta pues ella era una persona más bien callada...

...“eso es lo que soy, una cornuda” concluyó al tiempo que un vaso se le escapaba de las manos y a punto estuvo de romperse.

“Estás en boca del pueblo” prosiguió con voz entrecortada. “Tú y tus belenes. Y habrá que oír lo que dicen de mí. Que soy una consentida. Una que aguanta carros y carretas. Pero esto se va a acabar. Estoy hasta la coronilla de ser el hazmerreír del vecindario”.

Impávido, desde la puerta de la cocina, Juan presenciaba los plazos y cucharazos que su mujer daba en el fregadero entre hipidos y sorbetones...

...

“¿Y entonces?” “No sé” “Pero yo la vi el otro día con el hijo de Adriana, los dos muy juntitos y acaramelados. Con decirte que ni siquiera me saludó. No me vería, claro” “Esta hija mía se achara en cuanto se habla de novios. Seguramente tú sabes más que yo”...

...te topas con ellos en cualquier parte. Morenos y sucios. Moviendo a compasión o a desprecio. La gente los mira de reojo, temiendo que se acerquen. No acaba de acostumbrarse. A lo más que llega es a considerarlos una nota pintoresca. Alegres pero sin educación. Desharrapados. Mientras tomas un café o saludas a un conocido, se acercan mirándote directamente a los ojos. Con una sonrisa en los labios. Vienen a pedirte dinero y tú los despachas como buenamente puedes. Haciendo un gesto con la mano. Sin mirarlos a la cara. Negando con la cabeza. Y ellos se dan media vuelta. Igual de contentos. Tanto si tu puño se ha abierto como si se ha mantenido cerrado...

...no se negaría en redondo. Ése no era su estilo. Alegaría que estaba ocupado. Mientras marchaba a su encuentro, imaginé la charla que tendríamos, incluidos sus ademanes.

En efecto, no podía ser. No me dio ninguna razón convincente. Se limitó a exhibir su abanico de recursos, que me sabía de memoria, para cuando no quería hacer algo.

Adoptó un aire de arrogancia apenas contrarrestado por sus inconsistentes excusas. Sus sólidos argumentos las llamó sin pestañear. Luego dijo algo sobre dificultades insalvables. Yo observaba cómo hacía el paripé...

LVI

...Martín entró sigilosamente por la puerta trasera, que él sabía cómo abrir aunque estuviese cerrada. Pegado a la pared del patio, se deslizó de puntillas. Las luces estaban apagadas, pero eso no lo tranquilizó. Su padre podía estar esperándolo en la oscuridad con la correa en la mano. Ojalá tuviera que levantarse temprano y ya se hubiese acostado. ¿Y si había echado el cerrojo a la puerta de la cocina? La cabeza le bullía de negros pensamientos mientras avanzaba despacio. Lo más probable era que esa noche no se librarse de una buena tunda...

...una larga hilera de chumberas se extendía en paralelo a las vías del tren. “Allí es” dijo Martín a la pandilla que capitaneaba. Los niños venían pertrechados con cubos y cañas rajadas y abiertas por uno de sus extremos, de forma que quedara un hueco del tamaño de un huevo. Esta cavidad se mantenía con la ayuda de una piedrecita colocada en el interior y fijada con cuerdas.

Dejaron los cubos de plástico en el suelo y contemplaron ese amasijo de pencas cargadas de higos y erizadas de espinas. Martín no había exagerado. Sin pérdida de tiempo pusieron manos a la obra.

Al cabo de cinco minutos se oyeron ruidos guturales y a un niño que gritaba: “¿Qué te pasa?”. Otro dijo: “Se ha engollipado”.

Martín se acercó corriendo. Encorvado y rojo como la grana, uno de sus compañeros se esforzaba por expulsar el mazacote de pulpa y pepitas que le obstruía la garganta, cortándole la respiración.

En un tris estuvo de morir asfixiado. Pero gracias a los golpes que Martín le propinó en las espaldas pudo arrojar el bolo verdoso...

LVII

...¿Dónde exactamente? ¿En la sierra de Hueva o en la de Sevilla? En ambas hay romero, brezo, encinas, madroños. Había olvidado el nombre del pueblo. La estrecha carretera discurría flanqueada por cercas de piedra, que se alzaban más allá de las profundas cunetas. A la altura de los primeros corrales acababa el asfalto y empezaba el adoquinado. La carretera se convertía en calle. Aquí y allá, interrumpiendo la blancura de las paredes, aparecían portones pintados de añil, como retazos de cielo...

...pelo recogido en un moño, tez morena, ojos rasgados, nariz recta, pómulos marcados, labios finos, barbilla bien moldeada. Pero su cuerpo había perdido la gracia de la juventud. Encarnecido y ajado, contrastaba con la belleza de las facciones.

Los signos de la servidumbre convivían con una sensibilidad que se adivinaba exquisita. Esta era la impresión que sus andares garbosos y su mirada profunda confirmaban.

El efecto era turbador, pero duraba el tiempo de oírla hablar.

Destacados miembros de la corte celestial salían malparados en cuanto abría la boca, pues, antes de entrar en materia, tenía por costumbre lanzar unas cuantas blasfemias.

Tachonada de palabras soeces, su conversación giraba de preferencia sobre lances amatorios, que exponía con minuciosidad y parsimonia.

Tal era su reputación de deslenguada que, para no desmerecerla, le era necesario realizar piruetas verbales más propias de un poeta gongorino que de una comadre...

LVIII

...estábamos sentados en la terraza de la cervecería Torre del Oro. Era una de esas reuniones sentimentales de antiguos compañeros de carrera.

Primero tomaríamos una copa y luego iríamos a cenar. Habíamos convenido que los niños se quedarían con los abuelos o con un vecino complaciente. Las criaturas se ponen latosas tarde o temprano.

De todas formas, hay niños y niños. El de Julián Rosales pertenece a la categoría de los insoportables. Julián y su mujer no habían encontrado a nadie con quien dejar al pequeño. Tampoco se les ocurrió contratar a una canguro. Insistieron en que lo sentían mucho.

Manolito empezó a dar la murga sin pérdida de tiempo. Traía una pelota que los padres, para congraciárselo, le habían comprado por el camino. El niño empezó a botarla cada vez más fuerte hasta que se le escapó de las manos y rompió un vaso. Los padres le riñeron y Manolito se puso a llorar al lado de Alfonso García, cuyo horror por la infancia no es ningún secreto. El niño no paraba de berrear. Observamos que Julián estaba cada vez más nervioso. Poniendo a mal tiempo buena cara, le sugerimos que lo dejara desahogarse. Ya se cansaría.

Craso error por nuestra parte. Alfonso, que no sabía cómo quitárselo de encima, se metió la mano en el bolsillo y dio una moneda a Manolito a la par que le decía entre dientes: “Toma, ve a comprar algo y deja de llorar, que te pones más feo que una cotufa”.

El niño corrió adonde estaban sus padres para enseñarles el dinero. Tras restregarse los ojos y la nariz con el dorso de la mano, les preguntó: “¿Qué es una cotufa?” “Una qué. Habla claro” “Ese hombre me ha dicho”...

LIX

Era un anciano enjuto y entrecano, que se presentaba en casa de improviso.

Se apoyaba en un bastón y, al hablar, espurreaba saliva.

Llegaba, se sentaba, se enjugaba la boca con el pañuelo y, tras enumerar sus achaques, empezaba a contar historias.

Mi madre mascullaba: “Ya está aquí”. Y se quitaba de en medio.

Si ella estaba cerca y podía oírlo, él juraba que le haría un regalo muy pronto.

Pero su promesa, encaminada a ganarse su favor, no se cumplió nunca.

Este pariente había llevado una vida agitada y poco ortodoxa. Su situación actual era bastante delicada.

Cuando la tía Marta nos hacía una visita, mi madre y ella se despachaban a su gusto. Ambas estaban animadas por la misma antipatía hacia el anciano, ambas sufrían sus periódicas incursiones y ambas envidiaban a la tía Pepa que, como vivía en Sevilla, se libraba de ellas.

Él fue, porque así le convenía, quien dispuso la partición del patrimonio familiar tras la muerte de su hermano, mi abuelo materno, siendo todavía muy jóvenes sus tres sobrinas, de las que se desentendió, así como de su cuñada.

La tía Pepa, la más pequeña de las tres, opinaba que había que agradecerle su egoísmo, pues, dado que era un despilfarrador, mucho peor habría sido para ellas que se hubiese ocupado de la administración de todas las tierras. A fin de cuentas, ellas habían salido adelante mientras que él...

Pero había más. Se casó tres veces, las mismas que enviudó. No tuvo descendencia. Su último matrimonio provocó un revuelo familiar.

La novia era también una viuda que lo sobrepasaba en edad pero en perfecto estado de salud. El tío Pedro parecía mayor que ella, pues, como consecuencia de sus vicios y correrías, estaba depauperado.

Era “vox populi” que ella se había casado con la intención de enterrar al tío Pedro y rapiñar (tal era el término empleado) lo que aún le quedara.

Cuando ya era tarde, comprobó horrorizada que su cónyuge no sólo no tenía un céntimo, sino que estaba entrampado. Incluso sobre la casona pesaba una hipoteca.

La tía Marta aseguraba que, al descubrir su pifia monumental, murió del sofocón. Y concluía con retintín: “Fue por lana”...

Una vecina vino a avisar a mis padres. La tenía extrañada el silencio en que estaba sumida la casona. No oía el crujido de las tablas del sobrado, por donde el tío Pedro había adquirido la costumbre de pasearse de noche. Había advertido también que los gatos se colaban tranquilamente en la vivienda. Ella sabía que el tío Pedro detestaba a esos felinos, a los que echaba sin contemplaciones, arrojándoles lo primero que encontraba a mano. De hecho, había desgraciado a unos cuantos.

Antes de decidirse a informar a mis progenitores, había golpeado repetidas veces la puerta con el aldabón en forma de mano ensortijada que agarra una bola, sin obtener respuesta.

Mi padre tuvo que saltar la tapia que separaba el patio del tío Pedro del de la vecina.

Desde hacía mucho tiempo nadie de la familia había puesto los pies en esta casa antigua, en la que, persuadido por su hermano mayor, se quedó a vivir mi abuelo Vicente cuando se casó, y en la que nacieron mis dos tíos y mi madre,

Además, el tío Pedro había enviudado por primera vez y estaba muy afectado por este revés.

Su inconsuelo no impidió que la gente lo señalara como el causante de la enfermedad mortal de su joven esposa. Tal era su reputación de perdulario. Hizo propósito de enmienda. A pesar de su poca chicha adelgazó y lo invadió la melancolía.

Esta imagen doliente fue combatida por los allegados de la difunta, para quienes no era más que una pose. Un intento de revestir su supuesta contrición de credibilidad. Ellos no podían olvidar, entre otras faenas, la última.

Dos días antes del fatal desenlace, se pasó toda la noche jugando a las cartas en un garito infame.

Cuando le reprocharon su conducta, respondió que se sentía tan impotente que o se distraía o se volvía loco. Esta explicación, habida cuenta de su debilidad por el julepe, fue considerada como una prueba más de su cinismo.

A quien se ganó con el cambio experimentado fue al abuelo Vicente, que había dejado de tenerlo endiosado pero que seguía profesándole un cariño y una admiración de hermano menor.

La prematura muerte de su mujer fue un duro golpe para él. Sus expresiones de dolor eran sinceras.

Esa pérdida cambió su carácter, volviéndolo menos comunicativo y más responsable. No se trataba de un paripé. Él vivía todos los momentos, incluidos los aciagos, con intensidad.

Cuando mi padre nos franqueó la entrada, la visión del zaguán ratificó nuestros presentimientos. Durante unos segundos, la tía Marta, su marido, la vecina y yo permanecimos indecisos.

El piso de ladrillos estaba comido de polvo y del techo de madera colgaban calandrajos de telaraña.

Antes de inspeccionar los dormitorios, pasamos al comedor y descorrimos las cortinas.

En el aparador, la blancura de la vajilla, que estaba incompleta, se había apagado. Esta veladura confería a las piezas un aire de objetos antiguos y valiosos.

La tía Marta señaló que faltaba el reloj de bronce dorado cuya esfera sostenían tres ninfas de obsidiana. Explicó que se trataba de un regalo del tío Pedro a su segunda mujer.

El cardenillo había coloreado de un verde ponzoñoso el brasero de cobre que decoraba una de las paredes. Los cuadros con escenas cinegéticas estaban todos.

La puerta que daba al patio, por donde había entrado mi padre rompiendo un cristal, estaba abierta. La tía Marta, en un arrebato, abrió también de par en par la ventana, y a continuación, con gran alboroto de tablillas que crujían y se descascarillaban, enrolló hasta arriba la persiana.

Estábamos tan cerca que, antes de pasar a las habitaciones, nos asomamos a la cocina. Al marido de la tía Marta, que era aficionado a la literatura, le pareció el laboratorio de un alquimista obsesionado con la búsqueda de la piedra filosofal.

El batiburrillo de cazos, ollas, sartenes y otros utensilios pringosos arrancó exclamaciones de horror a las mujeres, que fueron las primeras en dar media vuelta.

Pasamos al primer dormitorio, en el que una percha en tenguerengue captó nuestra atención. Le faltaba un clavo y soportaba tal carga de ropa que su caída parecía un hecho inminente.

Como nos habíamos detenido a contemplarla, mi padre carraspeó. La percha, que llevaba así Dios sabe el tiempo, no iba a derrumbarse ahora para no defraudar el interés suscitado.

LXII

Los últimos años del tío Pedro nos eran más desconocidos que los correspondientes a su juventud y madurez.

Al decir de la abuela Julia, que desde la partición de bienes acumuló contra él un rencor inagotable, su cuñado había sido un centón de vicios.

Ella no acostumbraba a extenderse sobre este particular. Temerosa de sofocarse, prefería eludir el tema. Un individuo de su calaña no merecía que se perdiere el tiempo hablando de él. Un gesto de desprecio era su reacción si en su presencia alguien, por imprudencia o malicia, mencionaba un desatino del tío Pedro.

Con su hosquedad no pretendía desinteresar a los miembros más jóvenes de la familia. Una actitud tan visceral había creado en mí una expectativa apenas recompensada con sus frases lapidarias y sus fruncimientos de cejas.

La figura del tío Pedro fluctuaba entre dos extremos. Para unos había sido un gozador de la vida, que no había tolerado el mangoneo, haciendo siempre su santa voluntad.

Para otros, entre los que se contaban casi todos sus parientes cercanos, no había sido más que un tarambana. Un egoísta incapaz de asumir responsabilidades. Un derrochador.

Con el paso del tiempo ambas imágenes se convirtieron en estereotipos. De fervientes partidarios o detractores, el tío Pedro pasó a tener sosegados contactulios.

A este cambio contribuyó sobre todo el paulatino fallecimiento de sus coetáneos, a los que sucedió una generación que sólo lo conocía de oídas.

La abuela Julia murió antes que su cuñado. Fue entonces cuando éste reanudó las relaciones con sus sobrinas.

A esa muerte se sumó también la de su tercera mujer. En estas circunstancias intentó un acercamiento sin recurrir a sus dotes persuasorias de probada eficacia ni a ninguna treta.

Sus amoríos, sus francachelas y sus partidas de cartas hasta el amanecer pertenecían al pasado. A nadie iba a seducir con su sonrisa. A nadie iba a castigar con la mirada. Su presencia inspiraba otros sentimientos.

Mi madre no le tenía simpatía. Cuando su tío hizo los primeros tanteos, ella fue de la opinión de que no había que dejarse engañar por sus tardías

muestras de afecto. Un solo motivo lo impulsaba a actuar así: su penuria económica.

La imagen que tengo grabada del tío Pedro no concuerda con las anteriores. Era un anciano que pasaba el rato contando historias y haciendo promesas. En cuanto aparecía mi padre, se ponía de pie y lo acompañaba al despacho, de donde salía guardándose la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta.

LXIII

Era una calle sin aceras, que acababa en una cuesta. De tarde en tarde la recorría una mujer con la cesta de la compra o un vecino apresurado. Estos esporádicos transeúntes aparecían por un extremo y desaparecían por el otro o en el interior de una vivienda silenciosamente, como si anduviesen por una mullida alfombra.

La calzada estaba dividida en dos franjas desiguales por la sombra que proyectaba la hilera de casas orientadas hacia el oeste. Una línea quebrada trazaba en el suelo el contorno de los tejados.

En la calle de paredes blanqueadas con esmero destacaba la casona de fachada sucia y llena de desconchados. En su base, se amontonaban la tierra y los caliches que el viento esparcía.

Entre las tejas, que desaguaban en un canalón enmohecido, crecía la hierba. Quien pasaba por delante de esta casa solariega se quedaba mirando. Algunas mujeres suspiraban.

Tres ventanas de rejas salientes, una a cada lado de la puerta y otra más pequeña encima, todas de barrotes cuadrangulares sin adornos, se abrían en el muro de considerable espesor.

Las ventanas estaban provistas de celosías cuya madera conservaba restos de pintura. Los listones filtraban la claridad exterior, potenciada por los efectos reflectores del enjalbegado de la pared frontera, en la que incidían los rayos solares.

La habitación, con su mobiliario anticuado y su profundo silencio, era un remanso de paz.

El aspecto de la cama parecía indicar que su ocupante, al despertarse, había recordado un asunto importante y, tras comprobar la hora, se había levantado a toda prisa.

La sábana y la colcha colgaban a un lado. La almohada, con la funda arrugada, permanecía en su lugar.

Junto a una mesa cuya lámpara estaba encendida, había una butaca de amplio respaldo. En el suelo había papeles amarillentos escritos con tinta negra.

En la mesa había también legajos enrollados y un cuaderno con números y anotaciones.

Mejillas hundidas, ojos vidriosos, el tío Pedro reclinaba la cabeza sobre su hombro derecho. Los dedos de una mano rozaban las baldosas, donde

descansaban sus pies desnudos y azules. Entre las zapatillas de felpa había una caja de cartón vacía.

LXIV

Cuando salía de mi habitación, donde permanecía con la cortina echada y la lámpara apagada, a mis ojos les costaba trabajo acostumbrarse a la luz y a mis oídos a las voces.

Pero tarde o temprano tenía que cruzar la frontera de mi silencioso y oscuro reino. Tarde o temprano tenía que poner los pies sobre la tierra, al decir de Jorge, para quien este asunto no tenía vuelta de hoja.

Además, no había dos mundos. El que yo forjaba al calor del brasero era ilusorio. Una triquiñuela para eludir la realidad. Un refugio.

Tenía que enfrentarme al verdadero, a ése que me parecía trazado con un tiralíneas, geométrico, lleno de aristas, maniqueo.

Fuera de mi recinto me sentía torpe. En los bares tropezaba con las patas de las mesas. Yo mismo reconocía mi ineptitud.

Sentado en el sillón, alargaba la mano y hurgaba en los papeles desparramados encima de la mesa. Cogía un folio y, sin encender el flexo, revolviendo libros, volcando el cenicero, buscaba un bolígrafo o un lápiz. También necesitaba una carpeta en la que apoyarme.

Tras estas accidentadas capturas, me concedía unos minutos de descanso. Luego garabateaba lo que se me fuera ocurriendo.

Los resultados de esta experiencia solían ser ininteligibles. Si conseguía desentrañar ese galimatías, la decepción era la recompensa.

Lugares comunes y sandeces originales constituían el cañamazo de esos textos redactados a oscuras cuyo destino era la papelera.

Si yo no salía, unos golpes en la puerta de la habitación me lo recordaban. Era mi madre anunciándome la hora de la clase de solfeo.

En el autobús nos sentábamos juntos. Durante el trayecto hablábamos poco. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que un gesto o una sonrisa equivalían a una explicación.

Nuestra complicidad databa de cuando nos metíamos en los charcos por el gusto de chapotear y salpicarnos. De cuando corríamos como locos sin saber por qué. De cuando hacíamos novillos y luego nos aburrimos como ostras. De cuando colecciónábamos sellos. De cuando cazábamos salamanquesas y le cortábamos el rabo que seguía retorciéndose una vez separado del cuerpo.

Este amigo se llamaba Alberto.

Había en él algo que no me gustaba. Era religioso. Al principio también coincidíamos en eso. Pero él continuó apgado a sus creencias mientras yo me alejaba cada vez más. Evitábamos este tema. Mejor dicho, lo evitaba él. A mí me encantaba enzarzarme en una discusión. Alberto era un conversador mediano y un polemista nulo.

Como compañero de juegos era magnífico. Se le podía proponer cualquier trastada con la certeza de que colaboraría.

Pero cuando nos poníamos a hablar, su participación era mínima.

Normalmente escuchaba, a mí o a cualquier otro. Esta actitud pasiva, o que yo tenía por tal, me irritaba.

Nuestras relaciones empezaron a deteriorarse más tarde. Su aparente calma me ponía nervioso. Cuando, tras una provocación o una grosería, él me contestaba en un tono normal, me enfurecía.

Por fortuna, mis exabruptos eran tormentas de verano. En cuanto a él, no parecía guardarme ni un poco de rencor.

No había ninguna razón para tirar por la borda una amistad tan antigua.

Sentía el deseo de hacer una hombrada. No me planteé la posibilidad de que pudiera arrepentirme a renglón seguido. Quería hacerla y la hice.

LXVI

Estudiábamos sexto de Bachillerato en un instituto de Sevilla. Durante el primer trimestre me percaté del interés que la asignatura de filosofía suscitaba en mi amigo. En dicha clase permanecía bien erguido para que no se le escapase una sola palabra.

El profesor, entrado en años, llegaba con una gran cartera de la que sacaba libros y papeles que desparramaba sobre la mesa. Por lo general, lograba mantener la atención de los cerca de cuarenta alumnos.

A causa de la aridez de algunos temas o del cansancio, a veces la clase se removía inquieta, los murmullos se multiplicaban y las caras de aburrimiento saltaban a la vista.

Cuando esto ocurría, don Justino se ponía en pie y soltaba un sermón.

Llegado el caso, amonestaba a los más revoltosos y parlanchines.

Frunciendo el entrecejo, se dirigía a ellos llamándolos de usted, no tanto para marcar la distancia como para conferir a su repremisión un tono jocosoerio.

Tras este paréntesis, que era también un respiro, se sentaba de nuevo y proseguía con lo que trajese entre manos.

A pesar de ese usted medio burlón que ponía en entredicho la severidad del profesor, había compañeros que no dudaban de la autenticidad de su enfado. De hecho, llegó junio y seguimos debatiendo este tema.

A Alberto nunca tuvo don Justino que llamarlo al orden. Ni los elogios ni los reproches le estaban destinados. Él tenía a pasar inadvertido. Como estudiante era responsable. Yo había llegado a la conclusión de que mi amigo no daba su medida. Si hubiese querido, podría haber descollado.

LXVII

“¿Qué es la filosofía?” nos preguntó don Justino el primer día de clase. Se hizo un pesado silencio. Nos contó que otros años había pedido la respuesta por escrito. En vista de que nadie rompía el hielo, planteó la cuestión de distinta forma: “¿Qué os sugiere la palabra “filosofía”?

Alberto y yo compartíamos el mismo pupitre. Observé que estaba tenso, como si la pregunta le estuviese dirigida exclusivamente a él. No pestañeaba. Incluso contenía la respiración.

De un momento a otro, si no aparecía un voluntario, el profesor pondría en un brete a uno de nosotros señalándolo con el dedo.

Como el menor movimiento atraería su atención, semejábamos estatuas. A pesar de los incómodos asientos y de los inoportunos picores, ni cambiábamos de postura ni nos rascábamos.

“A ver, usted”. Inmensamente aliviados, miramos al compañero sobre el que había recaído la fatídica elección.

Era éste un muchacho de complexión robusta y nariz prominente que, para nuestra desesperación, no despegó los labios.

Fue entonces cuando Alberto levantó la mano. Don Justino le dio la palabra.

“La filosofía” dijo “estudia los grandes problemas del hombre” “No está mal para empezar. ¿Alguien tiene otra definición?”

“¿La filosofía no sirve para tomarse la vida con tranquilidad?” apuntó otro alumno.

El profesor escribía en la pizarra las distintas opiniones. A veces hacía un comentario o recababa la conformidad de la clase. A veces fingía no comprender para conseguir una mayor precisión en la respuesta.

A la postre casi todo el mundo hizo alguna aportación.

Diez minutos antes de que sonara el timbre, nos pidió que copiásemos el cuadro en nuestro cuaderno, pues al día siguiente lo someteríamos a crítica. Como estaba permitido mezclar la gimnasia con la magnesia, habían salido a relucir temas con nula o escasa relación con la filosofía.

LXVIII

En la clase de filosofía no podía contar con Alberto ni siquiera durante los primeros quince o veinte minutos que don Justino invertía en sacarnos a la palestra, como él decía, y preguntarnos la lección.

Supuse que esa ventolera se le pasaría al cabo de dos o tres semanas. Tras los temas preliminares abordamos la lógica y logré que me escuchara cuando le hacía un comentario o le gastaba una broma.

A pesar de su experiencia, don Justino se las veía y se las deseaba para hacernos amena “la ciencia del pensamiento en cuanto tal”, tan alejada de nuestros intereses y tan llena de tablas, leyes y principios.

Salvo en esta hora, Alberto era el mismo de siempre. Por un lado, esta nueva faceta de su carácter me resultaba divertida. Por otro, sentía crecer en mí el deseo de mofarme de él, de ridiculizarlo.

La clase de filosofía se convirtió en un pulso que mantenía con el profesor, aunque éste nada sospechase.

Incluso sufrí una decepción al llegar a la lógica y comprobar que no era tan difícil llevarme el gato al agua. Después que don Justino nos llamase la atención dos o tres veces, me di por ganador.

En ocasiones, se trastocaban los papeles y era Alberto quien me distraía no de las explicaciones profesionales sino de mis propios pensamientos.

Por aquel entonces empecé a ensimismarme y no toleraba las intromisiones, ante las que podía reaccionar con violencia.

Esa interiorización estaba en discordancia con mi comportamiento habitual. De todas formas, tales cavilaciones eran pasajeras.

No había concedido importancia al hecho de que Alberto hubiese comprado un cuaderno expresamente para la asignatura de filosofía. Con su letra alargada y pareja, de trazo firme, tomaba nota de cuanto se decía en clase.

Encabezaba cada tema con su título en caracteres de imprenta, numeraba meticulosamente los diferentes apartados, subrayaba las definiciones. Sus apuntes limpios y ordenados eran un regalo para los ojos.

LXIX

A la lógica siguió la filosofía natural con sus nociones de espacio y tiempo. Y a ésta la psicología que culminaba en una lección titulada “Origen y destino del alma humana”.

Alberto había decidido cambiar de sitio y sentarse con el delegado de curso, que era uno de los alumnos más serios y quisquillosos del instituto. Fingí que me daba igual. Pero también yo me mudé al último pupitre, justo detrás de ellos. El delegado me miró con cara de pocos amigos. Sin inmutarme, me limité a esbozar una sonrisa.

Comprendió que su mirada admonitoria, amplificada por los gruesos cristales verdosos de sus gafas, me traía al fresco.

Alberto y yo, al igual que otros muchachos, veníamos de un pueblo cercano a estudiar en Sevilla. Como en el instituto no había comedor, nuestro almuerzo consistía en un bocadillo que comprábamos en una tienda de ultramarinos, y del que dábamos cuenta paseándonos por el patio o, si hacía mal tiempo, en una de las clases, para lo cual teníamos permiso.

Éramos unos quince pueblerinos repartidos entre primero y sexto de bachillerato. En preuniversitario no había nadie.

Un día encapotado y frío, cuando tocó el timbre, Alberto se demoró ordenando sus papeles hasta que yo salí. Luego, en el recreo, lo vi en animada charla con el delegado. O más bien en atenta escucha, como era su costumbre.

Al finalizar la última clase, se acercó a la profesora de latín para preguntarle algo, de forma que tuve tiempo sobrado de levantarme y trasponer la puerta.

Estaba lloviendo. Me reuní con los otros compañeros que iban a comprar el bocadillo en la tienda, y les dije que Alberto nos alcanzaría por el camino.

Fuimos y regresamos sin que diera señales de vida. Pensé que a lo mejor se había traído el condumio de casa.

En el aula de sexto A, sentados encima de los pupitres, comimos en un santiamén nuestros bollos rellenos de salami o de cualquier otro embutido. Cuando acabamos, convencí a los demás para ir a buscar a Alberto, aun pareciéndome improbable que se hubiese escondido o estuviese con los alumnos de cursos inferiores.

Nuestras pesquisas fueron vanas. Descubrimos a los más pequeños enfrentados en una guerra a tizazos. Por el placer de amedrentarlos, los amenazamos con informar al conserje si no recogían de inmediato los trozos esparcidos por el suelo, lo cual hicieron sin rechistar.

El autobús ya estaba en marcha y completo. Subí por la segunda puerta y paseé la mirada por las cabezas apoyadas en los altos espaldares cuyas fundas de escay blanco tenían visos de mugre.

Había faltado a las clases de la tarde y me había ido a unos grandes almacenes. Allí estuve hojeando libros y leyendo las contraportadas de los discos. Iba con la intención de robar una novela de Pío Baroja de la que el profesor había hablado elogiosamente, recomendándonos su lectura.

Cogí el libro y le despegué la etiqueta interior con el precio, título y autor de la obra, de la que me deshice a continuación. Pero había mucha gente y, en lugar de llevarme el ejemplar, lo coloqué de nuevo en el estante.

Tenía la impresión de que alguien me estaba observando. Di unos pasos y me detuve, pero no me volví porque ese gesto me hubiese delatado.

Rodeé el exhibidor y me situé en el lado opuesto para comprobar si estaba siendo espiado. Cogí otro libro, lo abrí y alcé la vista. Frente a mí había un hombre con chaqueta gris y corbata.

Me fui a la sección de discos. Cuando miré el reloj, me sobresalté. Debía realizar la operación rápido si no quería perder el autobús.

Estaba decidido a llevarme el libro a pesar del intenso cosquilleo en el estómago y de mis manos sudorosas.

Conforme me acercaba al estante, el corazón me latía más de prisa. Tuve que pararme y respirar profundamente. Nunca me había pasado esto.

El hecho de robar entrañaba una voluptuosidad tanto o más apreciada que el botín.

A Alberto, al que no logré convencer de que se convirtiera en un ladronzuelo, en tono pedantesco, le hablaba del placer de la transgresión que era necesario experimentar para rendirse a su hechizo.

Para despertar su curiosidad, me extendía en la descripción del miedo que humedecía la piel. De la ansiedad que había que contrarrestar mediante el dominio de uno mismo. De la bocanada de aire que, una vez fuera de peligro, expandía los pulmones. Todo lo cual calificaba de sensaciones electrizantes.

Esa tarde, sin embargo, estaba perdiendo el control. Culpaba de ello al señor trajeado que había frustrado mi primer intento.

Cuando estuve delante de la hilera de libros, alargué la mano y cogí el que me interesaba. En ese mismo instante, por el rabillo del ojo, vi una chaqueta gris.

Abrí la novela al azar y me puse a leer, pero las letras me bailaban. Luego, sin cobrar la pieza, me dirigí a la salida.

Como no había asientos libres, hice el trayecto de pie, apoyado en el que ocupaba Alberto, a quien me hubiese gustado contarle lo sucedido, pero la inquina y el abatimiento acumulados durante aquel día me lo impidieron.

Me jactaba de ser un descreído que se complacía en no dejar títere con cabeza y en sembrar el desconcierto a su alrededor.

Me había vuelto tan cáustico que mis compañeros no me tomaban en serio. Con frecuencia eran ellos quienes planteaban un tema polémico para oírme despotricar.

Me estaba convirtiendo en un bufón al que, por serlo, se le permitían las salidas de tono. Gracias a la inmunidad que ese estatus me otorgaba, arremetía contra lo humano y lo divino sin preocuparme de que mis palabras sólo movieran a risa.

Estaba hecho un personajillo. A quienes opinaban que mi actitud sólo era una pose, les replicaba que así era en efecto. ¿Acaso la suya no era otra? La única diferencia radicaba en que yo era consciente de ese hecho.

Una pose es un tipo o estilo de vida. Todos nos vemos obligados a escoger uno: el que nos conviene o nos apetece, el que nos impone el entorno o el que nosotros le imponemos.

Una compañera repipi que me seguía la corriente, redondeó mi perorata definiendo la pose como una forma de estar en el mundo. E incluso dejó boquiabierto al auditorio al afirmar que, en definitiva, no era más que un combate contra la nada. Seguramente nadie la entendió, pero eso no importaba gran cosa, como tampoco que ella misma no supiera lo que estaba diciendo, limitándose a repetir algo que había leído en alguna parte.

LXXII

El delegado y Alberto se hicieron inseparables. Se les veía juntos dentro y fuera de clase, al primero hablando y gesticulando, al segundo atendiendo y asintiendo.

Cuando don Justino emprendió la explicación de los fundamentos del ser, sus interminables conversaciones metafísicas adquirieron una dimensión religiosa. El Dios bíblico emergía aquí y allá de entre una maraña de causas intrínsecas y extrínsecas. Nuestro profesor se habría sorprendido si, como yo, hubiese tenido la oportunidad de escucharlos.

El delegado tenía una mente especulativa. Conceptos que exigían un gran esfuerzo de abstracción eran aprehendidos por él a la primera.

Además de captar con rapidez las sutilezas filosóficas, el delegado las hacía suyas. Lo que le permitía jugar con ellas y sacar conclusiones pintorescas. Alberto necesitaba rumiar todo largo tiempo. Cuando una definición enrevesada que nadie se preocupaba de comprender sino sólo de memorizar para echarla en el olvido tan pronto como acabara el examen, se le revelaba en su complejidad y precisión, un temor reverencial se apoderaba de él. El delegado no se privaba del ejercicio de la paradoja que provocaba la perplejidad de nuestro amigo, y que aquel solía rubricar con su risita de conejo.

Como un prestidigitador que escamotea limpiamente una moneda o un reloj, seguro de no ser descubierto, tiene a bien repetir el número, así, el delegado, antes de que Alberto se repusiese de su asombro, le daba unas palmaditas en la espalda al tiempo que silabeaba el calambur.

A veces Alberto vislumbraba el truco, por lo que era felicitado.

Normalmente, el delegado, en tono profesoral, descomponía el argumento en sus partes para mostrar dónde estaba la trampa.

Esas pirotecnias verbales me irritaban. Si me permitía participar, mi razonamiento era mirado con lupa y, por lo general, rechazado.

Siempre era él quien llevaba la voz cantante, quien se erigía en juez, quien determinaba las reglas del juego.

Mi objetivo era ridiculizarlo, pero la socarronería no era un arma cuyo uso me estuviese reservado en exclusiva. Que yo me considerase un maestro, no demostraba mi destreza sino mi vanidad.

Había encontrado la horma de mi zapato. El representante de sexto C sabía también ponerse mordaz. Incluso me pareció que le estaba tomando gusto a esa lucha sorda que manteníamos.

LXXIII

Desde el día en que el delegado lo invitó a almorzar en su casa, razón por la que anduvimos buscando a Alberto por todo el instituto sin encontrarlo, uno y otro nos fuimos distanciando.

Cuando se acercaba a una reunión en la que yo sentaba cátedra, experimentaba un placer maligno en recibirlo a voces por honrarnos con su presencia.

Incapaz de mandarme a hacer gárgaras, aguantaba estoicamente mi andanada de sandeces.

Yo interrumpía el tema sobre el que estaba pontificando para agasajarlo como es debido. Cuando retomaba mi discurso, hacía todo lo posible para involucrarlo.

Sabía que no le gustaba hablar en público. Se ponía nervioso, se aturrullaba. Si, al pedirle su opinión, lo instaba a no contestar con un monosílabo o una lacónica frase, a veces nos sorprendía con una ocurrencia que suscitaba la hilaridad de los presentes.

“Ya veo que vas aprendiendo” le decía coreando las risotadas.

Me aficioné a buscarle las cosquillas delante de la gente.

Mis intentos de ganármelo de nuevo, chocaron lógicamente con su reticencia. Incluso cuando eran sinceros, dudaba de mi buena fe. Por lo demás, yo no desaprovechaba la ocasión de acrecentar mi fama de bocazas. Quizás por afecto, quizás por bondad, Alberto empezó a mostrarse menos receloso.

Habría recuperado su confianza de no haber intervenido el delegado que convirtió en un deber la obstaculización de mis planes.

Invitaba a comer a Alberto e incluso lo convenció de que pasara un fin de semana en Sevilla, de forma que acabó creándole la obligación de corresponder.

Un viernes, cuando vi al delegado en el autobús con una bolsa, me entraron ganas de darle un puñetazo en la cara para borrarle su estúpida sonrisa.

LXXIV

Faltaba media hora para que empezaran las clases de la tarde. Estábamos en el aula de sexto A, sentados sobre los pupitres. Además de los alumnos que nos quedábamos a comer, había otros que habían saltado la valla que rodeaba al instituto.

Si el conserje los hubiese pillado, habría tomado nota de sus nombres y el jefe de estudios les habría impuesto una sanción. Para entrar había que esperar a que abriesen la cancela cinco minutos antes de que sonara el timbre.

Teníamos un examen de filosofía a las cuatro. Con don Justino no era difícil sacar una chuleta e incluso copiar directamente del libro. Para estos menesteres, los puestos más apetecibles eran los de la fila situada enfrente de la mesa del profesor, que permanecía sentado la mayor parte del tiempo. Para librarse de las carreras y empujones por un buen sitio, algunos compañeros habían preferido correr el riesgo de ser atrapados por el conserje. Cuando los otros llegasen sin aliento, habría protestas y amenazas de denuncia.

En esa media hora que quedaba nos pusimos a comparar la personalidad de los diferentes profesores, así como también sus respectivos sistemas de calificación.

La de latín era tonta y miope. Era a quien se le copiaba mejor. El problema estribaba en convencer a uno de los empollones de que pasase la traducción. Una vez resuelta esta dificultad, la versión española del texto latino circulaba libremente en todas las direcciones.

La más antipática era la de literatura. Era también la que suspendía más a pesar de permitirnos manejar el libro y los escasos apuntes que nos dictaba cuando lo tenía a bien. Pero sus exámenes consistían en el desarrollo de un tema con un título estrambótico que nos dejaba anonadados.

Se pasaba la hora preguntando la lección y haciéndonos leer en voz alta nuestros comentarios de texto que, a juzgar por su sonrisita, le resultaban divertidos. Tras nuestra lectura, con la cabeza inclinada sobre su cuaderno de notas, bisbisearba una crítica ininteligible en la que se apreciaban notas burlonas.

Rondaría los cuarenta años. Era guapa y elegante, esto último subrayado por su hieratismo y su gusto por los grises y los marrones.

No podíamos por menos de preguntarnos qué hacía una madrileña tan fina en un instituto de un barrio sevillano, bregando con chavales sin nada en común con ella, aunque la verdad es que bregaba poco.

Era una tarde desapacible de marzo. Conversábamos en lugar de repasar. En esto se abrió la puerta y entró Alberto con el libro de filosofía en la mano. Estaba estudiando en otra clase. Por su cara deduje que había tropezado con una dificultad.

“El amigo Alberto” grité “se digna hacernos una visita”.

Me dejé llevar por un impulso que no hice nada por atajar. Un impulso que creció como una planta monstruosa.

El decorado estaba listo: una clase desangelada con veinte pupitres repartidos en tres filas paralelas, la pizarra coronada por una cruz, la mesa del profesor con su correspondiente sillón, una hilera de perchas en la pared del fondo, y ese olor propio de los centros escolares a lápiz y goma de borrar, a libros y cuadernos.

La escena estaba iluminada por la luz mate de una tarde lloviznosa. Sólo había que actuar.

“¿Qué es lo que no entiendes o te resistes a aceptar?” declamé “¿Que el mundo es contingente y precario? ¿Te disgusta esa idea?

Desafortunadamente no se trata de una hipótesis o de una creencia sino de un hecho. Mira a éstos” y señalé con la palma de la mano vuelta hacia arriba a nuestros risueños compañeros, “míralos y dime si sus rostros no traslucen la felicidad. Su única preocupación ya la tienen resuelta gracias a su arrojo. Observa la lisura de sus frentes y atrévete a preguntarles si la existencia es anterior a la esencia o viceversa”.

Después de una pausa durante la cual Alberto permaneció callado, poniéndome en pie, retomé la palabra.

“Yo mismo me informaré”. Acercándome a uno de los espectadores de la farsa le pregunté: “¿La existencia es un atributo de la esencia? Recapacita antes de contestar porque la validez del argumento ontológico está en juego”.

“Yo qué sé, tío” “Supongo que tú no das ni golpe” “De vez en cuando estudio un poco” “Y cuando dedicas tu tiempo y tu esfuerzo a las distintas teorías sobre la existencia de Dios, ¿las aprendes de memoria o tratas de comprenderlas?”.

“Cuando te dije que estudiaba un poco, no me refería a la filosofía. Con lo fácil que es copiarle a don Justino, ¡enseguida voy a meterme en la cabeza ese rollo!” “Desde luego calentarse los sesos inútilmente es de tontos”.

Volviéndome hacia Alberto, concluí: “No vale la pena que sigamos indagando. Si interrogásemos a ése, la respuesta no sería diferente”.

El aludido se apresuró a replicar: “A mí déjame tranquilo” “Si faltaba algo por decir, ya está dicho y de forma admirable. Espero haber aventado tus dudas”.

Todos parecían disfrutar con la astracanada salvo Alberto.

“Nuestro amigo tiene un defecto que debería erradicar cuanto antes mejor. Alberto se toma las cosas terriblemente en serio. Así no se puede ir por la vida porque, entre otros errores, se incurre en el de estudiar la metafísica como si en ello nos fuera algo más que el aprobado, el cual se puede conseguir por otros medios”.

Siguieron algunos comentarios en apoyo de este razonamiento. Alberto hizo amago de retirarse.

“No te vayas” le pedí forzando la nota histriónica, “todavía no hemos acabado”.

“Al contrario que el común de los mortales, a quienes sólo interesa aprobar o comprarse unos pantalones, Alberto es un hombre de convicciones. A este caos que llamamos vida, él opone sus propias ideas. ¿He dicho ideas? Sus propios ideales. Ciertamente nos engaña con su aspecto inocuo. Tras esa fachada se esconde un ser inquisitivo que desprecia nuestra sociedad consumista. Su timidez es un escudo protector. Por ella resguardado, puede dedicarse a meditar sin que nadie interfiera en esa tarea. Tal actitud, aparte de sustentarse en el egoísmo, implica un juicio poco halagüeño del prójimo. Mientras él escala las alturas, los demás nos arrastramos por el fango. Mis palabras no son gratuitas. Todos habéis observado que nuestro amigo no se presta al diálogo. Cuando se ve en esa disyuntiva, su amabilidad nos desarma. No me cabe duda de que, si nos dejase indagar en su interior, sacaríamos a la luz las riquezas que atesora”.

Alberto seguía de pie, con el libro en la mano. Cuando se sentía el centro de atención, se apresuraba a colocarse en un segundo plano. Puesto que se había apoderado de mí una compulsiva necesidad de saber cuánto aguantaría, me las arreglé para impedir su escaqueo. Mi intención era hacerlo explotar.

Los otros me miraban intrigados. Su interés era un acicate.

“Y bien, hablemos del Primer Motor Inmóvil, de la Causa Incausada, del Ser Necesario, de la Perfección Absoluta, del Fin Supremo. ¿Dios existe o es un subproducto de la ansiedad humana?”.

Alberto, en quien advertía síntomas de azoramiento, se encogió de hombros.

“No es el momento de”...”No te vayas por la tangente” lo corté.

Pedirle que expusiera sus pensamientos equivalía a pedirle que se desnudara en público. Su sentido del decoro no le permitía realizar ese striptease. Por otro lado, su gentileza le dificultaba la retirada. Estaba atrapado en una ratonera.

Su turbación iba en aumento. Inmóviles como estatuas, los demás estaban a la expectativa.

Primero se ruborizó, luego palideció. ¿Por qué callaba? Cualquier paparrucha habría distendido el ambiente.

Un rumor cada vez más intenso nos sobresaltó. Alguien dijo: “Ya han abierto la cancela” y salió a toda prisa de la clase.

El rumor se convirtió en barullo de gente gritando y subiendo la escalera. Incluso se escucharon ayes de dolor de víctimas atropelladas en la carrera. En el aula de sexto A, Alberto y yo nos quedamos solos. Mi amigo se fue cuando entró el primer alumno. Yo, sentado de nuevo en la tapa del pupitre, permanecí allí hasta que llegó su dueño y me echó.

LXXVII

Tras una noche de sueño ligero, entreverado de pesadillas, emergía a la conciencia como un minero atrapado en un derrumbe es izado a la boca del pozo.

Me resistía a abrir los ojos. A lo mejor no había amanecido todavía.

Con el embozo hasta la barbilla, procedía a desarrugar los párpados y crear una mínima hendidura.

Si, por tenue que fuese, mi retina percibía la claridad matinal, cerraba los ojos y me daba media vuelta en la cama.

Por rápida que fuese esa operación, tenía tiempo suficiente de comprobar la llegada de un nuevo día con su séquito de sombras proyectadas por los muebles.

En mi mente, esas figuras alargadas o rechonchas se multiplicaban y entremezclaban, inmovilizándome entre las sábanas

Daba igual que surgiesen de las rendijas del balcón o de las circunvalaciones de mi cerebro. Estaban allí, invitándome a formar parte de esa fantasmagoría.

En la pared de enfrente había un recuadro iluminado, de forma romboidal, muy picudo por su ángulo inferior derecho, que imantaba la mirada y que, dada la orientación de la cama, estaba abocado a contemplar.

En el centro de ese rombo se dibujaba la silueta de un ahorcado que se balanceaba.

De todos las imágenes que surcaban mis duermevelas, ninguna más terrible que esta tarjeta en la que habían estampado su firma esos seres planos y sin rostro.

LXXVIII

El plato del tocadiscos empezó a girar. La expresión del profesor se reconcentró. Guardábamos un religioso silencio. A nuestros oídos llegó un sonido de fritura producido por la aguja al deslizarse por las primeros surcos del disco.

Tras un breve acorde mantenido, surgió el primer tema que visualicé como un chorro de agua sobre el que una pelota se mantenía en equilibrio.

Desde los primeros compases, la dramática voz de los violoncelos me ganó.

El tema expuesto había pulsado un resorte en mi interior.

Me dejé llevar por los vaivenes de la música, bajando y subiendo como la pelota a la que el surtidor imprimía su ritmo, haciéndola bailar sin voluntad.

La marcha que ocupaba la parte central finalizaba en un acorde parecido al que iniciaba la obra.

Cuando el profesor, que había levantado el brazo del aparato para hacer un comentario, lo dejó caer de nuevo y resonaron las notas del adagio, me sentí indefenso ante la música.

Su explicación no era más que unas cuantas frases deshilvanadas sin apenas relación con el nostálgico motivo sobre el que los violines realizaban invisibles dibujos acústicos.

A este remanso de paz, inesperada y traicioneramente, sucedió una melodía sobrecedora. El compositor se complacía en arrebatar nos la felicidad y sumergirnos en la inquietud.

Me embargó la tristeza de esta segunda parte del adagio. No me atrevía a moverme, como si temiera interferir en el equilibrio de ese armonioso edificio a cuya construcción se aplicaban los cinco instrumentos de cuerda.

Hubo un momento en que pensé que la calma iba a resurgir. Unos energéticos compases así lo prometían. Pero el clima volvió a tornarse melancólico.

En la pausa que se produjo entre el segundo y el tercer movimiento, sin escuchar al profesor que hablaba de nuevo, me preguntaba atribulado si se podía expresar con palabras los sentimientos transmitidos por la música con tal precisión y belleza.

Me repelía la idea de que esa riqueza sólo fuese susceptible de una descripción técnica.

Las primeras notas del tercer movimiento contrastaban con los últimos compases del segundo movimiento.

La melodía triunfal con que se iniciaba el scherzo era una invitación a gozar de la vida. Me inundó una marea de confianza.

Como una boyá hundida por la fuerza en el fondo del mar que de pronto recobra la libertad, emprendí el camino del cielo, ansioso por saludar al sol. Al igual que antes con la tristeza, también ahora tenía la impresión de que ese alborozo era el estado natural del universo.

La viola y el segundo violoncelo inauguraron un tema de signo distinto.

Con sólo oír las primeras notas me percaté de que la esperanza, que había volado tan alto, se precipitaría en la sima que se abría bajo sus pies.

Me iba curvando como la cuerda de una ballesta que se tensa antes del disparo. Me faltó el aire. Agaché la cabeza para ocultarme a la mirada de los demás.

Como si de una broma se tratase, el scherzo reapareció y el clima opresivo del trío fue sustituido por el júbilo inicial.

Pero el abismo que Schubert nos había mostrado, evidenciaba la inconsistencia de nuestros sueños de felicidad.

LXXIX

Con frecuencia había que ir de pie en el autobús. La gente protestaba. El trayecto duraba media hora y a nadie le agradaba tener que hacerlo en el pasillo, agarrado o apoyado en el espaldar de los asientos.

Curándonos en salud, nos apelotonábamos a las puertas del vehículo para ser los primeros en subir.

Los lunes por la mañana era muy difícil encontrar sitio, pues el autobús venía casi lleno del pueblo vecino.

Arreciaban las voces airadas. A veces ponían una tartana renqueante cuyas ventanillas cerraban mal o se abrían solas. El aire helado del amanecer se colaba, además, por cien resquicios diferentes.

No quedaba más remedio que levantar los cuellos de los abrigos, encogerse y meter las manos en los bolsillos.

Debido al frío y al traqueteo, llegábamos a Sevilla atontados y entumecidos.

Prefería, sin embargo, exponerme a pillar un resfriado antes que utilizar el otro autobús cuyas ventanillas cerraban perfectamente. El aire que se respiraba allí dentro estaba viciado por la falta de oxígeno y el humo de los cigarrillos, provocándome un malestar cercano a la náusea.

Después estaba la cuestión del hacinamiento. Apenas teníamos espacio para cambiar de posición. El autobús me recordaba uno de esos camiones cargados de animales que a duras penas mantenían el equilibrio, con la cabeza gacha o mirando perplejos por entre los barrotes.

Pero era su silencio lo que más llamaba mi atención. Estaban tan ocupados en sostenerse sobre sus pezuñas que se habían olvidado de balar, mugir o hacer lo que quiera que hiciesen.

Me deprimía la visión de esas reses amontonadas que sin rebeldía ni lamentos acataban las exigencias de su destino.

LXXX

El cerco se iba estrechando. Estaba en el ojo del huracán, en ese lugar donde reina una calma chicha mientras un poco más allá el viento destecha las casas y abate los árboles.

A mis oídos apenas llegaban los chasquidos, los silbidos y los crujidos de ese concierto.

Si no fuera por un lejano susurro amenazador, habría podido olvidarme por completo de mi peligroso enclave.

“Debes estar alerta” me decía, “mantente en guardia”.

Mas por mucho que me alentaba, a continuación me sorprendía pensando en cualquier cosa o sonriendo sin motivo.

“No tienes arreglo” me recriminaba.

En mis reproches evitaba emplear un tono demasiado severo que habría desencadenado un ataque de risa.

Mi círculo de paz, en el que permanecía indemne, menguaba, se desplazaba a capricho de aquí para allá. En uno de esos vaivenes podía ocurrir que yo fuera arrojado al exterior.

Pero antes de vomitarme sobre los campos devastados, el torbellino me pondría a girar como un planeta loco.

A la velocidad que les imprimía el viento, veía dibujarse y borrarse la cara de Jorge o la de su colega observándome, la de mi madre intentándome decir algo, la del profesor de música absorto en sus pensamientos, la de Alberto, la de mi padre...

LXXXI

Desde que me levantaba de la cama hasta que me volvía a meter en ella, estaba expuesto a darme de bruces con un ademán, con una circunstancia e incluso con una inflexión de voz que me tiranizaban.

Tan desestabilizadores eran los descensos en picado como las ascensiones al séptimo cielo que un acto anodino podía desencadenar. Subir o bajar dependía, por cierto, de sutiles matices.

Un mohín de disgusto o un parpadeo de asombro bastaba para poner en marcha el mecanismo. El desastre, de uno u otro signo, sobrevenía indefectiblemente.

Este desarreglo era una fuente inagotable de problemas. Si alguien de modales desenvueltos captaba mi atención, mi actitud daba lugar a malentendidos. Lo que no era más que un involuntario ejercicio de observación pasaba por desmedida curiosidad o por descortesía.

Me dije que tenía que disimular, que corregir mi comportamiento y ajustarlo al de la mayoría.

Aprendí a mirar por el rabillo del ojo al borracho acodado en el mostrador del bar mientras yo mantenía una conversación. A manifestar interés mientras tomaba nota mental de los tics y de las muletillas de mi interlocutor. A hablar mientras asistía al espectáculo de unos dedos que se cruzaban y descruzaban como si tuvieran vida propia. A reír mientras contemplaba a una mujer de negro regando una maceta de claveles reventones.

Mis propósitos de enmienda fallaban y me quedaba como un pasmarote al paso de un retaco con ínfulas de gran señor.

En cuanto al impacto de una mueca de hastío o de una palabra hiriente, seguía siendo el mismo.

No tenía control sobre esos gestos que condensaban el desprecio, la mezquindad, el cansancio, la deferencia, la bondad, la estulticia, la timidez, el engreimiento...

Su exigüidad no afectaba a su eficacia. Un discreto remilgo era el último eslabón de una cadena. Una tosecita forzada abría las puertas de un calabozo. Un juramento entre dientes era el golpe de gracia.

Para liberarme de esa servidumbre me puse a etiquetar ademanes, a rotular situaciones, a registrar escuetamente en mi memoria una reacción, a buscar el título adecuado.

Tras cada título se agazapaba una historia. Este recurso, en cuya eficacia confiaba, se convirtió en un arma de doble filo.

Me tranquilizaba y me liberaba encontrar el epígrafe adecuado, pero esa frase lacónica, a veces una sola palabra, en la que inyectaba un proyecto o una idea, empezaba a hincharse, exigiendo mimos y cuidados cual preñada primeriza, reclamando que velase por ella hasta el momento en que la criatura estuviese en el mundo.

Persiguiendo el objetivo opuesto me estaba creando nuevas ataduras.

Traté de solucionar este problema. No estaba dispuesto a ceder. Lo que pedía de mí era una dedicación exclusiva.

Para colmo, otro imponderable entró en liza, complicando el hallazgo de una salida satisfactoria.

Un día, con la mayor naturalidad, el proceso que yo tenía por unidireccional se invirtió. Este descubrimiento me dejó perplejo.

Siempre había ido del gesto cansino, de la mueca de disgusto, de la mirada somnolienta o de la reacción airada al marbete donde se indicaba la nota distintiva o la simple anotación del hecho.

Ahora comprobaba que una fortuita concatenación de palabras tenía el mismo poder de sugestión y captación de mi voluntad.

Ateniéndome solamente a las consecuencias, ambas clases de elementos no se diferenciaban.

Recordé una antigua afición que tal vez pudiera serme útil en esta coyuntura.

La lectura de los catálogos de libros constituía un ejercicio que siempre me había resultado placentero.

Esas listas en las que se consignaban el nombre del autor, el título de la obra, el número de páginas, el precio y un resumen o un extracto saciaban mi curiosidad. Casi nunca compraba el libro sobre el que, a partir de los datos expuestos, había dejado volar mi imaginación.

Podía utilizar este mismo método. Para ahorrar tiempo y esfuerzo ¿no sería suficiente hacer, al modo de las editoriales, una simple presentación? ¿No podía compendiar lo que evocaba un título en algunas líneas o, a lo sumo, en una página?

LXXXIII

Cabriolas y retruécanos

Cuando Isidro, el médico, llegó al pueblo, Isidoro, el practicante, llevaba varios años viviendo allí. De hecho, era ya una institución.

Isidoro no andaba. Danzaba. Daba pasitos que concluía apoyándose en la punta del pie con tanto garbo que parecía un bailarín a punto de saltar trenzando las piernas. Cuando estaba contento, el impulso ascendente se acentuaba.

Los vecinos se paraban y se volvían para verlo alejarse creciendo y decreciendo al compás de la marcha.

A esto hay que añadir las reverencias que prodigaba a manera de saludo, rubricadas con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes renegridos.

Los jóvenes, más influenciables, empezaron a imitar sus andares y sus genuflexiones, que se pusieron de moda.

Por razones de su profesión, a una de las primeras personas que conoció Isidro fue a Isidoro, que lo ayudó a buscar alojamiento y lo introdujo en los círculos selectos del pueblo.

Cuando la mujer de Isidoro preguntó al flamante doctor si estaba casado, una respuesta de lo más chusca por parte de Isidro, soltero todavía pero con novia, la hizo reír hasta las lágrimas.

Tanto ella como su marido se percataron de que Isidro era “un cachondo mental”.

Desde luego, hablar con él era una aventura. Nunca se sabía por dónde iba a salir. Capaz de sacarle punta a la frase más anodina, era igualmente hábil tergiversando declaraciones ajenas.

La mayoría lo tenía por ingenio y una minoría crítica por vicio. En cualquier caso, parecía tratarse de una segunda naturaleza que escapaba al control del galeno.

Isidro mantenía que, a quienes chocaba esa saludable práctica de estar haciendo chistes todo el santo día, no tenían sentido del humor.

Lo cierto era que el ritmo impuesto por el médico poca gente lo podía resistir. Lo cual no fue óbice para que, como a su colega sanitario, le saliera una pléyade de admiradores que, con los ojos puestos en su modelo, cultivaban el arte de la ingeniosidad. Incluso en algunos ambientes se llegó

al tácito acuerdo de no expresarse con naturalidad so pena de descalificación inmediata.

Isidro e Isidoro, que hicieron buenas migas, revolucionaron las costumbres del pueblo, imponiendo un estilo en consonancia con sus acusadas personalidades.

Este proceso se desarrolló ante la mirada atónita de los pocos vecinos que lograron no sucumbir a la gracia de unos andares ni al hechizo de una ocurrencia.

La Burocracia

Benjamín Medina confiaba en los demás. Creía que todos los seres humanos estaban hechos de la misma sustancia, que las diferencias existentes entre unos y otros eran adjetivas.

Contra todo lo que implicase una humillación se rebelaba nuestro personaje, para quien no había distintas clases de hombres, aun aceptando que las situaciones personales varían dependiendo de la profesión de cada uno.

No tiene la misma responsabilidad un ordenanza que un director, se decía, pero como ambos, desde sus puestos de trabajo, tienen que servir a la comunidad, uno y otro realizan una labor meritoria y necesaria.

El respeto y la conciencia de servicio, planeando por encima del ministro y del ujier como águilas majestuosas, debían bastar para que la maquinaria social no chirriase demasiado ni sufriese graves averías.

Con semejantes convicciones Benjamín estaba condenado a chocar con la Burocracia.

-O-

Sus desventuras empezaron el día en que tuvo que resolver un asunto legal. Se entraba en el palacio remozado por una enorme puerta tachonada de clavos. En el vestíbulo, del que partían dos escalinatas de mármol, vio ciudadanos solitarios con papeles en la mano.

Se dirigió al mostrador de información y, tras aguardar el tiempo correspondiente, le indicaron que debía subir a la segunda planta.

Allí se encontró con otra cola de contribuyentes y un cartelito con el horario de atención al público: de diez a una.

Preguntó Benjamín si cerraban a la hora en punto o si seguían atendiendo mientras hubiese alguien a la espera de realizar sus gestiones. Recibió por respuesta una sonrisita burlona.

“¿Y si se trata de algo urgente?” insistió. “Es su primera vez, ¿verdad?” dijo una señora rubia.

Tras consultar el reloj, mirar la fila y calcular su avance, Benjamín suspiró y se fue con la intención de regresar al día siguiente más temprano.

-o-

El contacto con un medio tan hostil como el burocrático lo irá endureciendo. Durante el largo viacrucis que lo llevará de un despacho a otro, de una antesala a otra, de un mostrador a otro, tendrá ocasión de conocer a la fauna de displicentes chupatintas que apenas se dignan mirarte mientras te desvives por explicarles tu problema.

De un vistazo aprenderá a distinguir al capitoste del simple empleado por detalles nimios que pasarían desapercibidos a un observador no avezado, tales como la manera de escuchar con la boca entreabierta lo que le comunica un subordinado, o con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los labios apretados como si fuera a embestir en el caso de que abusen de su paciencia.

Acechará al personajillo que, si quisiera, agilizaría los trámites. Se esconderá en los lavabos para asaltarla y recordarle que hace ya tres meses que habló con él y todavía no ha recibido ninguna contestación.

Correteará como un perrillo faldero detrás de un señor pertrechado con una carpeta de documentos, de una seriedad descorazonadora, que sale de un negociado y se mete en otro con aires de marajá.

Sufrirá, en definitiva, tras esta drástica experiencia, un cambio que se traducirá no sólo en la apostasía de sus creencias y en la renuncia a sus ideales, sino en el fervoroso deseo de convertirse en un rutilante burócrata.

Una tarde de lluvia

Solían reunirse los fines de semana en una cervecería del Arenal. Cuando la charla languidecía, miraban los carteles de toros que decoraban las paredes. Últimamente agotaban pronto los temas de conversación de forma que quedaban silenciosos, como hipnotizados por las imágenes taurinas.

Ni siquiera Leonardo, pese a su buena voluntad y a su verbo fluido, lograba reanimar la tertulia con sus bromas. Sólo Julia le seguía el juego sin demasiada convicción.

Cuando llegaban a este punto muerto, cada cual se abstraía en sus pensamientos. Sólo abrían la boca para llamar al camarero y pedir otra ronda.

Esta situación arrancaba del día en que Leonardo comunicó a sus amigos que la empresa donde trabajaba iba a realizar una reducción de plantilla, siendo la otra alternativa declararse en quiebra y cerrar.

Él tenía un contrato temporal, por lo que sería uno de los primeros que despidiesen. Si se quedaba sin trabajo, tendría que dejar sus estudios de ingeniería electrónica, reanudados recientemente, y regresar al pueblo.

Arturo y Ricardo le habían ofrecido su casa. Incluso Julia hizo otro tanto. Su piso tenía, además, la ventaja de estar situado cerca de la Escuela de Ingenieros. Y el inconveniente, como ella misma señaló, de que sus padres vivían con ella. O más bien lo contrario. “Y eso es un rollo” concluyó.

-O-

Un lluvioso sábado de noviembre Julia exclamó: “¡Esto pasa de castaño oscuro! Estamos amuermados”.

Como ninguno de sus amigos se hiciera eco de sus palabras, Julia los siguió pinchando: “Antes hablábamos. Ahora parece que estamos metidos en una pecera, desde donde miramos el mundo rumiando nuestras neuras”.

La chica cogió el bolso, que tenía colgado en el espaldar de la silla, e hizo amago de levantarse.

“¿Adónde vas con este aguacero?” preguntó Arturo. “Y sin paraguas” añadió Leonardo. “Me da igual mojarme” “Te comprendo” dijo Leonardo.

“Siquieres” sugirió Ricardo, “para divertirnos un poco, podemos hacer un balance de nuestras apasionantes vidas”.

“Lo que pasa es que no tenéis imaginación ni ganas de vivir” “Juro que me temía ese diagnóstico” declaró Arturo.

Antes de que la joven, cuyos ojos chispeaban, tuviese tiempo de replicar, Leonardo intervino: “Podemos hacer un ejercicio imaginativo y planear...no sé...un robo a un banco. No un asalto a mano armada, sino un golpe ejecutado con limpieza” “Un trabajo de profesionales hecho por aficionados” precisó Ricardo.

“¿Bromeáis?” preguntó Arturo. “¿Pues no ves que sí?” dijo Julia colgando de nuevo el bolso, “éstos no son capaces de desvalijar ni un kiosco”.

“Un kiosco por supuesto que no” convino Leonardo. “No nos desviemos del tema. Estamos hablando de resolver definitivamente nuestra situación económica” dijo Ricardo.

Y añadió: “Tengo los planos de la sucursal donde estuve trabajando hace dos años”.

“¿Va en serio?” preguntó Julia. “Son necesarias cuatro personas” explicó Ricardo. “¿No es así, Leonardo?”

“Así es, según el plan que esbozamos” “Es verdad que el asunto quedó en el aire. Quizás ha llegado el momento de retomarlo y entrar en detalles”

“¿Pero va en serio?” insistió Julia.

El guachancho

Animal redondo y lanudo, de ojos como cabezas de alfiler y patas muy cortas, rudimentarias.

Cuando anda, siempre a punto de perder el equilibrio, su esfuerzo resulta cómico. Avanza a duras penas y acaba sin resuello. La posición bípeda erecta constituye un martirio para él.

De pequeño es juguetón y le encanta echarse a rodar, no pudiendo detenerse hasta que choca contra la pared o contra un mueble, donde rebota como si fuera de goma.

De mayor sólo recurre a esa estrategia cuando tiene prisa o cuando quiere escapar a un peligro. Un guachancho adulto evita comportarse como una cría.

Pese a tener desarrollado el sentido de lo que es propio de cada edad, le encanta hacer cabriolas en la intimidad. Si casualmente es descubierto, se aflige tanto que puede llegar a enfermar.

Hablando con propiedad, no es un animal doméstico aunque se adapta a convivir con el hombre.

No es exigente en cuanto a su alimentación. Él mismo se desparasita en un rincón del patio. Nunca en la vida se atrevería a entrar en la casa con los pies sucios o chorreando agua.

Es leal y agradecido. Hace compañía y se le puede confiar una criatura en la seguridad de que velará por ella.

Para tenerlo contento basta hacerle un regalo de vez en cuando. No es necesario que sea caro. Lo que el animal tiene en cuenta es el detalle.

Lo que más le gusta son las cajas de música y las plantas (es un excelente jardinero). Detesta las cintas de colores y los cascabeles.

Pero tiene una sensibilidad a flor de piel. Éste es su principal inconveniente.

En el trato con él hay que ser cuidadoso. Es un termómetro que marca con exactitud el grado de alegría o tristeza ambiental. A sus ojillos ocultos tras los pelos no se les escapa nada.

No es aconsejable dejarlo ver la televisión ni escuchar la radio, pues las malas noticias lo deprimen.

Si no se toman estas medidas, es probable que el guachancho desaparezca y no acuda a nuestra llamada.

En este caso, para evitarle la vejación de nuestra indiferencia, hay que ponerse a buscarlo enseguida.

Lo encontraremos con toda seguridad en un rincón apartado y oscuro.

Con cariñosas palmadas y palabras de consuelo el guachancho se recupera.

También surte efecto una argumentación convincente.

No se debe cometer la imprudencia de amarrarlo ni obligarlo a subir escaleras, que son sus enemigas naturales.

Este animal es sólo recomendable para aquellas personas que no pierden los estribos con facilidad. Si su dueño, en un rapto de ira o de mal humor, le levanta la mano, el guachancho muere en el acto.

Los hacedores de cultura

La cultura, amiga mía, es tan necesaria como el aire que respiramos, como el agua que bebemos, como los alimentos que ingerimos cada día para reponer las fuerzas gastadas.

Viven en nuestro interior monstruos insaciables que, si se les diese la libertad que piden, y que a veces se toman, asolarían la tierra. Por ello, hay que evitar la tentación de soltar las riendas y dejar que campeen a su antojo. Hay que hacer oídos sordos a sus quejas y a sus súplicas.

Esos impulsos dificultan nuestra marcha hacia la plena realización. Si queremos alcanzar esa luminosa meta, no basta con someterlos, debemos dar un paso más y ponerlos a nuestro servicio.

Me guardo de afirmar que el mero propósito sea suficiente. Encauzar esa oscura energía es una tarea difícil y peligrosa.

Esos instintos son fundamentalmente egoístas. Su ceguera es tan grande, y en esto resultan estúpidos, que acaban destruyendo su propio soporte material.

Ser devorado es el destino del incauto que les da no digo alas, sino un margen de movilidad.

¿Crees que exagero?

Habrás oído hablar de Roberto Díaz, el famoso corredor de fórmula 1. En los medios de comunicación se ocupan de él a menudo. Acaba de batir un nuevo record en el circuito de Indianápolis.

¿No lo viste en la televisión alzando la copa del triunfo y agitando una botella de champán, con una voluminosa corona de laurel al cuello?

No me asombra que se haya convertido en un as del automovilismo. Lo conozco bien. Los dos crecimos juntos.

Cuando hablo con amigos comunes, el tema de conversación recae a menudo en Roberto Díaz. Se muestran perplejos ante la metamorfosis experimentada por un niño tan apocado y endeble como él fue.

No logran comprender cómo alguien de sus características, con unas circunstancias familiares desfavorables, ha podido superar tantos obstáculos y subir al escalón central del podio.

Confieso que a mí no me causa estupor sino alegría.

Todos lo tenían por un niño simplón porque no se tomaron la molestia de mirar en su interior. Si lo hubiesen hecho, se habrían asustado.

Roberto tenía ramalazos de locura. En su cabeza bullían obsesiones e ideas peregrinas. El único medio efectivo de combatirlas era el viejo camión de su tío, a quien acompañaba en sus viajes siempre que podía.

Él era propenso a marearse. Pero dos incentivos lo ayudaban a sobreponerse. Por un lado, los resoplidos y explosiones del vehículo subiendo las cuestas, al que su tío espoleaba con juramentos y amenazas. Por otro, las fotografías de mujeres ligeras de ropa que empapelaban la cabina.

La conjunción de ambas circunstancias le producía tal excitación que Roberto se olvidaba de todo.

No es por darme importancia, pero fui yo quien le indicó el camino que debía seguir. Él estaba en la cuerda floja.

Mis palabras no cayeron en saco roto. Las semillas plantadas en nuestras conversaciones vespertinas, germinaron y dieron fruto.

Me extiendo demasiado y temo aburrirte. Sólo a los santos les es factible imprimir a sus vidas un giro radical, pasando del pecado a la virtud “ipso facto”.

La mayoría de los mortales necesita un largo aprendizaje. Domesticar a una fiera es una tarea que puede ocupar toda la vida. Incluso teniendo fijado el objetivo, el éxito no está nunca garantizado.

Un momento de debilidad, una grieta en nuestra perseverancia, el desánimo, el hastío, pueden dar al traste con nuestros logros.

Estoy dramatizando. La Cultura, con mayúscula, es una gran madre siempre dispuesta a cobijarnos y consolarnos.

Mi amigo Ángel Méndez, escritor como yo, es de mi misma opinión. Él cita el caso de Eisenstein, a quien la entera consagración al cultivo del séptimo arte salvó del naufragio.

Este hombre, que se codeó con la desdicha y conoció la soledad, encontró en el cine un camino que recorrer. Su vida, pese a estar marcada por el infortunio, fue fecunda. Y eso es lo que cuenta.

Los datos biográficos se diluyen finalmente en el contexto de las realizaciones.

Ya ves con qué facilidad me pongo a divagar. Pensaba escribirte tan sólo cuatro o cinco líneas. Me consta que te inspiro lástima. Y un poco de curiosidad tal vez.

No busco tu compasión ni tampoco tu comprensión. Una y otra me resultan humillantes. Tú sabes que te quiero. Es mucho pedir que me pagues con la misma moneda, lo sé. Contéstame al menos.

Si te fastidian estas disquisiciones, comunícamelo. El tema de la Cultura me fascina. En nuestro último encuentro salió a relucir. Como de costumbre, me limité a escucharte. Tus ideas son tan diferentes a las mías que he sentido la necesidad de exponerte mis propias reflexiones. Quedo a la espera de tus noticias. Siempre tuyo.

LXXXVIII

El cansancio afectaba en primer lugar a mi voluntad, que se debilitaba como un enfermo al que le fallasen una tras otra las constantes vitales. Yo mismo era un enfermo aquejado de un mal que me robaba las ilusiones y destruía mis esperanzas.

Al acostarme pensaba: “Mañana será distinto”.

Esta idea me tranquilizaba y me ayudaba a conciliar el sueño. Ante mí se extendían las horas nocturnas durante las cuales se podía producir un cambio.

En algunas ocasiones me había metido en la cama con dolor de cabeza y a la mañana siguiente, al despertarme, había desaparecido sin dejar rastro. O preocupado por un problema que al levantarme me había parecido banal, esfumándose a continuación como por arte de magia.

Pero mañana no era distinto. La noche anterior me había aferrado al pensamiento de una milagrosa transformación, al deseo de caer en un profundo olvido del que emergiese renovado.

Me engañaba. Mañana era igual a hoy, como hoy lo había sido a ayer.

LXXXIX

El cero, el infinito
La fiebre, los gusanos
Los desvanes, los sótanos
Espejos agrietados

El vuelo de una mosca
Los ruegos, las llamadas
Las cornejas, los grajos
Las aguas estancadas

Las luces se apagaron
No iluminan los faros
Los locos se lanzaron
Al mar donde se ahogaron

Y la eterna pregunta
De todo el que vagó
Sin encontrar refugio
¿Por qué yo? ¿Por qué yo?

XC

Fue una Navidad lluviosa. Sobre el tejado de la cochera repiqueteaba el aguacero. El tocadiscos estaba puesto a todo volumen. La gente gritaba, reía y bailaba. Hacía frío pero nadie parecía notarlo.

El suelo de cemento rezumaba humedad. Diego resbaló y cayó. Se levantó rápido diciendo que no había sido nada.

Cuatro bombillas, dos pintadas de verde y dos pintadas de rojo, colocadas en los ángulos del local, iluminaban débilmente el guateque.

Recostado en la pared y fumando, me mantenía aparte. Los demás achacaban mi retraimiento a la pelea que había tenido con Gloria.

Amigas comunes me comunicaron que no había venido a la fiesta porque no quería verme. También me contaron que había estado llorando.

Anita se quedó hablando conmigo. Tras un rato de cháchara, manoteo y morisquetas, me dio unos golpecitos en el hombro y se fue no sin antes declarar y subrayar con una de sus muecas más conseguidas que no soportaba la tristeza.

El ruido de la lluvia se sobreponía a la música a pesar de lo alta que estaba. Las parejas bailaban agarradas.

No estaba pensando en Gloria. Ni siquiera me ocupé de este asunto después de que me lo recordaran.

Mi actitud taciturna no estaba motivada por ninguna discusión. Además, dado el carácter apacible de la muchacha, era abusivo utilizar ese término. Se había producido un desencuentro que ella no lograba encajar ni asimilar, que escapaba a su comprensión. No hubo explicaciones por mi parte, sólo verbosidad y juegos de palabras que la mortificaron.

Me preguntaba qué hacía en esa cochera casi a oscuras, adornada con espumillones y bolas de colores.

La pizpireta Anita iba de aquí para allá, parándose a hablar con unos y con otros, mirándome de vez en cuando. Temí que estuviese tratando de convencer a alguien de que me hiciese compañía.

Cuando abordó a Diego y éste afirmó con la cabeza, me horroricé.

Me dirigí a la puerta y la abrí. Llovía tanto que irme, aunque hubiese tenido paraguas, habría sido una insensatez.

Me refugié en el umbral de una casa vecina. Hasta mis oídos llegaban los compases de una canción de moda que el aguacero y los chorros de las

canales no ahogaban por completo. Allí esperé hasta que amainó lo suficiente para marcharme sin ponerme empapado.

XCI

Miraba a través de la ventanilla del Land Rover distraídamente. Había perdido el gusto por las salidas al campo. Mi padre no sabía esto y seguía pidiéndome que lo acompañara a la granja.

Cuando bajaba a desayunar, mi madre me transmitía su mensaje. Había dejado dicho que lo esperase. Él regresaría en cuanto acabara de resolver un asunto en el banco o en cualquier otro sitio.

Me daba rabia que dispusiesen de mí sin consultarme. No es que yo tuviese nada que hacer, salvo salir a comprar un paquete de cigarrillos y encerrarme en mi habitación donde pasaría el tiempo fumando y leyendo hasta la hora del almuerzo.

Ponía mala cara al enterarme del recado paterno, pero me resignaba pronto. Una negativa habría enconado los ánimos.

Era preferible ceder a escuchar los consabidos argumentos. Podía suceder también que mi padre se enfadase y dijese cosas desagradables.

Por el camino los dos guardábamos silencio. Al parecer a ninguno se le ocurría nada.

En honor a la verdad hay que decir que de tarde en tarde él hacía un comentario, del que yo acusaba recibo emitiendo un sonido gutural.

Por lo general él iba pendiente de la carretera y yo de los árboles que desfilaban a mi derecha.

Al llegar a la granja mi padre llamaba a Rosendo que andaba siempre perdido.

Yo bajaba del coche y observaba sus idas y venidas. Si no localizaba al guarda, me gritaba que, en lugar de quedarme papando moscas, me pusiese a buscarlo yo también, pues ni siquiera su mujer sabía dónde estaba.

Rosendo aparecía en el momento en que mi padre empezaba a lanzar maldiciones. Mientras ambos conversaban, yo me acercaba al gallinero. Las aves, a las que se veía tan felices, paseaban o picoteaban en los comederos cacareando de vez en cuando.

Sin demasiado éxito trataba de llamar su atención golpeando la tela metálica que cubría la ventana. Algunas, estirando el cuello, miraban a su alrededor pero, encogiéndolo pronto, volvían a lo suyo olvidadas de ese arrebato de curiosidad.

Si mi padre no me mandaba nada, pasaba el rato vagando por la finca.

Esa mañana lucía un sol espléndido en un cielo sin rastro de nubes. En vez de a principio de marzo parecía que estábamos en plena primavera. La luz encandilaba. Con un verso revoloteando en mi cabeza, posándose en mis labios, clavando sus menudas garras en mi corazón, tomé la vereda que llevaba al río.

Remonté la corriente hasta un paraje poblado de adelfas. El río se anchaba y describía una suave curva con una playa de cantos rodados, blancos y grises. El agua, en la que flotaban hojas inmóviles, estaba en perfecta quietud.

Esperaba encontrar la paz en ese sitio. Esperaba olvidarme de mí mismo. Esperaba descargarme del peso que gravitaba sobre mis hombros.

Me senté en una piedra redonda y pulida y contemplé el paisaje. Los cerros coronados de encinas. Los cañaverales en la margen izquierda del río. Más allá las huertas con sus frondosos naranjos y sus canteros de verduras. Y el molino abandonado.

Cerca de mí había un espino albar que no había florecido todavía. Y dentro de mí la cadencia de un verso alejandrino. El eco de una música que, desde los confines de mi mente, resonaba en mis oídos.

Javier chillaba como una rata a la que le hubiesen pisado el rabo. Carrasco le reía las gracias con su risa caballuna. Anita montaba guardia delante de la mesa con el tapeo y las bebidas para impedir el asalto de los desaprensivos. Cuando Javier y Carrasco se acercaban, ella extendía un brazo ordenándoles que se alejasen. Entonces Javier se arrodillaba y le pedía permiso para coger una patata frita o una aceituna. Carrasco lo secundaba diciendo: “¡Déjalo, pobrecillo!”.

Anita, moviendo la cabeza de derecha a izquierda, replicaba: “Todavía no”. Javier fingía entonces llorar amargamente y le pedía un pañuelo a su comparsa, que se apresuraba a dárselo.

Enjugándose las lágrimas de cocodrilo, repetía su ruego con voz entrecortada: “Una olivita” “¿No te da lástima?” remachaba el otro gaznápiro. Pero Anita se mantenía en sus trece.

Faltaban Salud y María Jesús, que tenían por norma llegar tarde a los guateques. Marín, el dueño de la cochera, había ido a buscar a Luisa. Marín no sólo tenía que encontrarla sino convencerla de que tomar una copa escuchando música no era algo pecaminoso. Luisa estudiaba en un colegio de monjas donde inculcaban ideas estrictas.

La batalla que Marín debía librar, tenía escasas posibilidades de éxito. Empezó a cundir la impaciencia. Apoyando a Javier, nos pusimos a corear: “¡Una aceituna! ¡Una aceituna!”.

Anita se tapó los oídos y se volvió de espalda, pero no cedió. Javier hizo señas a Carrasco de que rapiñara algo mientras él lanzaba un berrido de distracción.

Una bolsa de aceitunas rellenas salió volando por los aires y fue recibido con vivas y aplausos.

Por un momento Anita pareció decidida a enfadarse de verdad, pero se limitó a esbozar una mueca de desprecio.

Del sermón que nos habría largado, nos libró la entrada triunfal de Salud, María Jesús, Luisa y Marín. Clavando la mirada en éste último y manoteando desaforadamente,

Anita le comunicó su apuro para tenernos a raya.

Salud y María Jesús entraron cogidas del brazo. Marín venía radiante de felicidad. Luisa traía al cuello un fular rojo.

Sentí un malestar indefinible. “Ese fular” susurré. Diego me preguntó:
“¿Qué dices?” “Nada”.

A instancias de Marín, que debía habérselo prometido a Luisa, la bombilla central permaneció encendida.

Los recién llegados se quitaron los abrigos y los colocaron sobre los que ya estaban amontonados en una silla. Sólo Luisa siguió enfundada en el suyo. Pero gracias a los buenos oficios de Marín se avino a quitárselo también. Había observado el desarrollo de los acontecimientos resignándome a lo inevitable. Respiraba a pequeños sorbos. A pesar del bullicio experimentaba una sensación de vacío y silencio.

El fular de Luisa, al que se agarraba con una mano, era rojo oscuro. Ese color me sumergió en un morboso estado anímico. Tenía que sustraerme a su influencia. Tenía que irme para no seguir viéndolo.

Flaqueándome las piernas, salí de la cochera. La sangre me golpeaba en las sienes. Los latidos del corazón resonaban en mis oídos.

XCIII

Los latidos del corazón resonaban en mis oídos con una nitidez que me erizaba los pelos. La precariedad de la vida quedaba de manifiesto cuando reparaba en que su continuidad dependía de la constancia de ese tac-tac. El buen funcionamiento de los relojes consistía también en ese sonido uniforme. Cuando la cadencia se apagaba, esos artilugios dejaban de medir el tiempo, de marcar la hora. O marcaban para siempre la misma: aquella en la que sus manecillas se detuvieron, aquella en la que la eternidad se deslizó entre el último tic y el último tac.

La pérdida del ritmo anunciaba la inminencia del fin. Su ausencia era un sinónimo de muerte.

Se puede vivir mudo o cojo. Con un solo riñón. Con algunos metros menos de intestino. Pero el corazón no puede siquiera descansar.

En el centro del pecho, ligeramente orientado hacia la izquierda, es el maestro de ceremonias que dirige el baile con el insistente pum pum de su bastón en el suelo.

Comencé a vigilar mis pulsaciones. Al movimiento de sístole debía suceder el de diástole con isocronismo perfecto. Nada de precipitaciones ni tardanzas.

Me tomaba el pulso a menudo. Si había gente, lo hacía a escondidas, pues esta práctica se había convertido en un hábito y varios conocidos me habían preguntado si me pasaba algo.

Sólo en presencia de Alberto me comportaba libremente e incluso lo hacía partícipe de mi temor. Cuando no me encontraba el pulso, me aconsejaba que lo buscase en el cuello o en la sien. Incluso me lo tomaba él mismo y, una vez contados los latidos, exclamaba: “¡Pero si lo tienes normal!”.

Adquirí la costumbre de golpearme el pecho con la palma de la mano, no en un acto de contrición sino de aliento. De esta forma pretendía estimular la buena marcha de un órgano tan valioso.

Un día, en el autobús, un recuerdo irrumpió en mi memoria. Mi mano dejó de percutir el esternón. Mis dedos se crisparon. Ante mí veía un cerdo abierto en canal y unas enormes tijeras hurgando en su interior.

Volví a escuchar el hurra que lanzó el ayudante del matarife cuando encontró la ansiada víscera. Tras cortar venas y arterias, clavado en los extremos de las tijeras, mostró su trofeo a la concurrencia: un corazón caliente y sangrante.

XCIV

Un corazón caliente y sangrante que enarbóló y arrojó en un barreño. Hecho esto, chasqueó las tijeras que mantenía en alto, y se inclinó sobre el animal desparramado encima de la mesa. El ayudante se disponía a proseguir su inspección, pero el carnicero lo llamó y le encomendó la ingrata tarea de vaciar de excrementos, lavar y trocear los intestinos.

El mocetón suspiró y se fue a un rincón con dos cubos rebosantes de tripas. Junto con otros niños de mi edad, me había colado en el destortalado corral con un cobertizo a la izquierda donde se hacía la matanza en los días de lluvia. El conjunto recibía el pomposo nombre de Matadero Municipal. Nadie nos prohibió la entrada. Nadie nos importunó. Pudimos disfrutar del espectáculo a nuestras anchas.

Vimos cómo arrastraban a los cerdos que gruñían sin parar, hasta unas mesas bajas de madera adonde eran izados e inmovilizados boca abajo con la ayuda de varios hombres.

La cabeza les colgaba fuera de las mugrientas tablas. Debajo ponían un cubo de hojalata para recoger la sangre. A continuación el matarife blandía el afilado cuchillo y hacía una señal para que se preparasen a resistir las violentas sacudidas del animal. Comprobaba que el cubo estaba en la vertical del cuello de la víctima. Al fin, con precisión y destreza, hundía la hoja de acero en la garganta.

Con otro movimiento rápido ensanchaba el tajo. La sangre, de la que se desprendían oleadas de vapor, manaba en abundancia.

El matarife, que había soltado el cuchillo, sujetaba con ambas manos la cabeza del cerdo procurando mantenerla levantada para que se desangrara más aprisa.

Los esfuerzos del animal para zafarse contribuían al éxito de la operación. Conforme se debilitaba, la briega disminuía hasta que llegaba un momento en que no era necesario ejercer ninguna presión sobre su cuerpo.

Luego hicieron una hoguera en mitad del corral, a la que acercaban aulagas secas que se inflamaban al punto. Con estas teas quemaban los pelos de la piel, la cual cepillaban y baldeaban hasta dejarla de una blancura lechosa. Una vez limpio el cerdo, le daban media vuelta y lo abrían en canal.

A mi lado estaba Alberto, tan embobado como los demás. Le di un toque con el codo y le propuse que nos fuéramos. Se encogió de hombros y dijo: “Bueno”.

XCV

En la escuela zurraban la badana. Unos más y otros menos, todos los maestros imponían castigos corporales. Cada uno tenía su especialidad o manía.

Don José, pese a su apariencia bonachona rondando la chochez, era de un refinamiento oriental a la hora de infligir castigos. No llamaba nunca a su mesa al alumno díscolo o distraído sino que se levantaba él mismo y, mascullando palabras ininteligibles, se dirigía con sus pasos irregulares y torpes de viejo achacoso al pupitre del encausado.

Cuando llegaba a su destino, sin dejar de chapurrear, alargaba la mano y cogía entre sus dedos el mechón de pelo situado a la altura de la oreja, justo en el nacimiento de la futura barba. Y con exasperante parsimonia tiraba hacia arriba.

Había que resistir bravamente sin despegar el culo del asiento, estando permitido a lo sumo doblar un poco la cabeza. Si su presa respetaba esta regla de oro, don José la abandonaba pronto. Pero, en el caso contrario, seguía tirando de la patilla hasta poner de pie primero y luego de puntillas al imprudente que se había incorporado para contrarrestar el dolor.

A los alumnos reincidentes los llevaba de ese modo a un rincón de la clase, donde los ponía de cara a la pared. Allí los dejaba acariciándose la sien hasta que sonaba la campanilla.

Don Santiago era apreciado por pasarse el rato leyendo el periódico y por repartir coscorrones sólo en situaciones extremas. Por desgracia pidió traslado y se fue a otro pueblo. Sus pupilos lo sintieron porque nadie sabía cómo se las gastaba el nuevo, pero era poco probable que fuese tan tolerante como su antecesor.

No obstante, era preferible lo desconocido, pues lo malo conocido era tan malo que nadie lo deseaba.

Don Antonio y don Luis, aun siendo sus métodos opuestos, eran detestados por igual. El primero practicaba el terror físico y el segundo el terror psicológico. Los resultados eran idénticos: en ambas clases reinaba un silencio sepulcral.

Don Antonio tenía una colección de reglas, que utilizaba para “calentar las manos”, y de cimbreantes varas de olivo, renovadas con regularidad, con las que “sacudía el polvo de las asentaderas”. No desdeñaba tampoco la indiscutible eficacia de un par de bofetadas.

Como era un enamorado de los escarmientos ejemplares, sus castigos revestían un carácter solemne y espectacular. Cuando el reo subía al estrado a recibir su tanda de reglazos o varazos, las actividades escolares se interrumpían, no reanudándose hasta que don Antonio, arrebolado por la emoción y el esfuerzo, dirigía una mirada maligna a la clase.

Investido de la autoridad que le conferían el rango de director y su dilatada experiencia docente, don Luis se enorgullecía de mantener una disciplina cuartelera sin necesidad de ponerle a nadie la mano encima.

En sus inicios había administrado jarabe de palo a discreción, pero a estas alturas podía prescindir de semejante recurso, no por escrupulos de conciencia sino por prurito profesional.

Este dómíne grueso y de ojos de besugo había superado el estadio de verse obligado a propinar una paliza a un niño revoltoso, desobediente o descuidado en sus tareas. Su arsenal estaba compuesto de comentarios burlones, amenazas veladas y gestos autoritarios.

Ni que decir tiene que, cuando el señor director se enfadaba y daba una voz, los cimientos del edificio se commovían y la clase se llevaba una semana conteniendo la respiración.

Don Tomás, hombre de mediana edad, tremadamente serio, estricto cumplidor de sus deberes, completaba el elenco de maestros. Se rumoreaba que había dejado de sonreír desde el fallecimiento de su hija.

Don Tomás nos atiborraba de copiados, dictados, redacciones, cuentas y problemas. Manejar los números con soltura y no tener faltas de ortografía eran sus objetivos.

Tan pronto como lo veíamos llegar, formábamos una impecable fila de a dos delante de la puerta de la clase. Nos daba los buenos días, que coreábamos, e introducía la llave en la cerradura.

Entrábamos tras él y nos situábamos de pie al lado de nuestros pupitres. Desde lo alto de la tarima, don Tomás velaba por el correcto desarrollo de esta maniobra. Cuando la última pareja se había colocado en su sitio, mandaba que nos sentásemos.

Empezábamos la jornada de trabajo con las matemáticas porque, después del descanso nocturno, nuestra mente estaba despejada. A Currito, sin embargo, las operaciones aritméticas le producían una dulce modorra y se ponía a cabecear sobre su cuaderno. Si su compañero no lo despabilaba a tiempo, Currito conciliaba el sueño.

Como se trataba de un hecho frecuente, a los quince o veinte minutos volvíamos la cabeza para ver si Currito se había dormido ya, en cuyo caso se desencadenaban los cuchicheos y las risitas.

Don Tomás, más serio y estirado que un juez, se acercaba y le daba un pescozón al durmiente que, sobresaltado, abría los ojos, cogía el lápiz que se le había caído de la mano, y se ponía a garabatear con diligencia.

Retorciéndole la oreja, el maestro le echaba un rapapolvo. Currito decía a todo que sí, incluso cuando le preguntaba si volvería a dormirse.

Al darse cuenta de su equivocación, rectificaba, pero la clase había estallado en carcajadas que don Tomás, sin soltar la sufrida oreja de nuestro compañero, trataba de atajar ordenando silencio.

Este percance matutino formaba parte de la rutina diaria. Lo malo era cuando don Tomás se atufaba.

Sus rasgos se endurecían sobremanera. Palidecía levemente. Sin decir palabra, cogía por el brazo al alumno que se había extralimitado, y lo vapuleaba larga y concienzudamente. Luego lo arrodillaba al lado de su mesa.

Las horas dedicadas al estudio y a la práctica de la lengua no eran tan aburridas como las otras. Don Tomás ponía más calor en sus explicaciones y de vez en cuando nos leía un cuento o un pasaje de un libro de aventuras.

Para enseñarnos el arte de la escritura recurría a menudo a su tarea favorita: las redacciones, entre las que espigaba las más afortunadas y las más chapuceras para ser leídas por sus autores ante la clase.

XCVII

Camino de la escuela había una vieja morera, a la que nos encaramábamos cada vez que pasábamos a su lado. Cuando la divisábamos, nos precipitábamos y trepábamos sin dificultad por su tronco nudoso e inclinado.

Había que tener cuidado con los guardias municipales que nos espantaban a gritos y nos amenazaban con sus cachiporras de cuero negro. En cuanto a los vecinos, no nos fastidiaban con monsergas cuando nos veían tirar nuestras carteras y ponernos en cola para subir al árbol.

Una de las redacciones que mandó don Tomás se titulaba “La naturaleza”. Mediaba la primavera. Ese año había sido muy lluvioso y la hierba crecía pujante por todas partes, incluso en las junturas de los adoquines. El campo estaba verde y florido.

El maestro pensó que era el momento adecuado para desarrollar ese tema.

Según él, bastaba echar un vistazo a nuestro alrededor para inspirarnos.

Se equivocaba. La mayoría de los trabajos eran un cúmulo de tópicos manidos que él mismo nos había aconsejado evitar. El tema propuesto era tan amplio que se nos escapaba de las manos.

Don Tomás revisaba las redacciones mientras nosotros analizábamos frases morfológica y sintácticamente. Dentro de pocos minutos nos comunicaría el resultado de su selección. Esta espera nos ponía nerviosos.

Incluso Currito permanecía erguido y con los ojos bien abiertos trazando líneas debajo de las palabras y escribiendo una ese mayúscula si se trataba del sujeto de la oración o una ce y una de en el caso de que fuera el complemento directo.

Mis compañeros habían glosado la belleza primaveral, y ensalzado los múltiples dones de la Madre Naturaleza.

A mí se me ocurrió escribir sobre la vieja y maltratada morera. El tono de mi redacción no era lírico sino llano. De hecho, se trataba de una descripción. No ignoraba que este recurso era del agrado del maestro, pero me atormentaba la idea de haberme pasado de original, y de que mi trabajo fuera incluido en su lista de bodrios.

En esos momentos, mi redacción me parecía de una pobreza desoladora. ¿Qué decía en definitiva? ¿Que el árbol tenía la corteza resquebrajada y reseca? ¿Que su tronco estaba lleno de abultamientos que utilizábamos como escalones para llegar a la copa, y de oquedades en las que pululaban

las hormigas y otros insectos? ¿Que sus hojas, que servían de alimento a los gusanos de seda, sólo festoneaban las ramas más altas mientras que las otras estaban peladas? ¿Que, por esa razón, pese a que la primavera estaba en su apogeo, la morera presentaba un aspecto otoñal? ¿Que esos penachos verdes y brillantes eran un conmovedor testimonio de vida?

Cuando don Tomás se levantó, tenía en la mano una sola redacción. Circunspecto y distante, nos observó durante unos segundos antes de hablar. No comprendí lo que decía. Los oídos me zumbaban un poco. Fue necesario que mi compañero me diese un toque con la rodilla. Me puse en pie y me dirigí al estrado. El maestro me entregó mi composición y me pidió que la leyera en voz alta y clara.

XCVIII

Mi actitud reconcentrada era mayor si cabe. Aunque acudía con regularidad a mi cita semanal con el psicólogo, no experimentaba mejoría.

Mi padre llamó a Jorge y éste a un colega suyo que ya había estado en casa anteriormente.

Por dos razones barruntaba que pronto habría cónclave. En primer lugar porque nadie venía a importunarme alegando interés por mi estado de salud. La libertad y la paz de que disfrutaba me tenían escamado.

En segundo lugar porque escuché por casualidad un comentario de mi padre referente al dinero que costaban mis sesiones con el psicólogo. No había signos de restablecimiento, que era lo menos que se podía esperar. Sabía que mi problema exigía un largo proceso terapéutico. Así y todo, no comprendía cómo al cabo de varios meses de visitas mi comportamiento no había variado un ápice, por no decir que había empeorado.

Desde que oí esas consideraciones, estuve vigilante. No quería estar presente en la dichosa reunión. No quería que me sometieran a un nuevo interrogatorio. No quería exponerme a su curiosidad aunque estuviese legitimada por el afecto y la preocupación.

Un domingo por la mañana, que estaba hojeando el periódico en mi cuarto, mi madre vino a buscarme. Jorge y su amigo me aguardaban abajo, en el despacho.

Para divisar la calle, me sentaba junto al balcón. En cuanto los descubriese, dispondría de tiempo suficiente para quitarme de en medio. Contaba además con que vendrían por la tarde, a la hora del café, como la primera vez. En ese momento estaba sentado a la mesa camilla.

Mis padres se enfadarían si no me entrevistaba con ellos. Tras sopesar los pros y los contras de una fuga a la desesperada, decidí que era preferible no enredar la madeja todavía más.

XCIX

Sólo me apetecía hojear el periódico. La murria se había apoderado de mí. Era un sentimiento paralizante que, al removerlo, se intensificaba. De poco valían los análisis ni los exámenes de conciencia. Lo mejor era conservar la calma. Ni abandonarme ni resistirme. Dejarlo estar.

Esa marea que me inundaba, retrocedería. A la pleamar sucede la bajamar como a la noche el día.

Mi madre había golpeado la puerta de mi dormitorio con los nudillos para avisarme de que me estaban esperando.

“¿Estás ahí?” preguntó. “Sí” “Jorge y su amigo acaban de llegar. Baja enseguida” “Sí”. Y me quedé escuchando cómo se alejaba.

Mi primera reacción fue desaparecer. Mi mente empezó a carburar. No estaba en condiciones de enfrentarme a Jorge y al otro.

Poseía mis propios recursos para remontar estos baches: la indiferencia ante los acontecimientos, el descenso de mi ritmo vital y, lo más difícil de conseguir, la aminoración del flujo mental.

Pensamientos caóticos y deslavazados se encadenaban sin fin como una burla o una maldición. Las ideas se desviaban de lo lógico a lo absurdo, de lo natural a lo grotesco, de lo divino a lo demoníaco.

Las emociones teñían de sombríos colores esa barahúnda.

A veces venía en mi auxilio un verso o una frase. Surgía del fondo de mi memoria y se ponía a revolotear dentro de mi cabeza, imponiendo su presencia, aventando esa sarta de disparates e incoherencias o dificultando su desarrollo y proliferación.

El trabajo que realizaba una simple cita de origen incierto, era titánico.

Mientras bajaba despacio los escalones, afloraron unas cuantas palabras en inglés. Cuando llegué ante la puerta del despacho, resonaban nítidamente en mi interior infundiéndome coraje. “Anywhere out of the world”...

C

Jorge estaba sentado en el sillón. Su amigo, de pie, miraba a través de la ventana. Ambos volvieron la cabeza cuando entré.

Correspondí a su saludo con una sonrisa. Jorge me señaló una silla y dijo que, aprovechando la ausencia de mi padre, podríamos hablar con más libertad.

Me extrañó su actitud directa. Por lo general divagaba antes de abordar el tema. A lo mejor tenían prisa.

El colega de Jorge tomó la palabra. Acercándose a la mesa, en la que apoyó las manos, en un tono festivo hizo alusión a lo preocupados que estaban mis progenitores.

Esas inflexiones frívolas de su voz tenían por objeto ganarse mi confianza, establecer entre nosotros un lazo de complicidad.

Jorge me ofreció un cigarrillo y corroboró lo dicho por su amigo. Tenía que ser franco con ellos, sincerarme, no esconder nada.

Me pidieron que les informase de mis sesiones con el psicólogo, lo cual hice con brevedad. Cuando me preguntaron si las consideraba beneficiosas, respondí, tras vacilar unos segundos, que no. Si seguía yendo a la consulta del psicólogo, no era por voluntad propia sino para complacer a mis padres y, así, darme un respiro.

Eso no tenía nada de raro, afirmó el colega de Jorge. Añadió que las terapias variaban según las escuelas. Tal vez me convenía otra.

Al principio lo escuché con interés, pero en su disertación recurrió a menudo a términos científicos y mi atención decayó.

Luego, al desgaire, me preguntó si fumaba hierba. Me pareció no haber oído bien. “¿Cómo?” “Que si fumas hierba” repitió llevándose los dedos a la boca y aspirando el humo de un porro imaginario.

Esa sucesión de gestos me hizo gracia. Jorge puntualizó: “Queremos saber si consumes algún tipo de droga” “No”.

Cuando se convencieron de que les decía la verdad, Jorge cruzó una mirada con su amigo, cuyo significado estaba claro para mí. Él sabía que yo no estaba enganchado.

CI

El despacho de mi padre era austero, con un aire monástico. El mobiliario de madera de nogal estaba compuesto por una mesa abarrotada de papeles, un sillón con espaldar de cuero y una estantería en cuyo anaquel superior destacaba el lomo rojizo de los volúmenes de la enciclopedia Sopena. Las paredes estaban desnudas. Del techo colgaba una lámpara con contrapeso. Esta habitación era fresca en verano y se caldeaba fácilmente en invierno con una estufa eléctrica de pantalla parabólica. Era silenciosa, bien iluminada, no demasiado amplia.

Pese a estas ventajas, mi padre la frecuentaba poco. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera, yendo de un lado para otro. Sólo cuando tenía que hacer números se encerraba en ella. Al cabo de un rato salía malhumorado porque las cuentas no cuadraban.

Mientras Jorge y su amigo intercambiaban impresiones, se me ocurrió pensar que mi padre se retrasaba por una bajada del precio de la carne de pollo. Lo imaginaba negociando con el comprador, que no daba su brazo a torcer.

La idea de un trato dificultoso y una devaluada partida de aves aguardando su destino me resultó divertida.

CII

Se oyeron pasos apresurados por la acera. Luego el ruido de la puerta. A los pocos segundos mi padre entró en la habitación. Dio la mano al compañero de Jorge y a éste unas palmadas en el hombro.

Se disculpó por la tardanza, pero había surgido un problema. Desde el viernes estaba esperando un camión de pienso compuesto. Dada la informalidad de la casa proveedora, había decidido cambiar. No era la primera vez que pasaba esto. Aunque le habían asegurado que el lunes a primera hora tendría el pedido en la granja, él no se fiaba ya de estas promesas y había salido a hablar con otros criadores de aves para que le prestasen algunos sacos de pienso.

Tras esta explicación, me miró de soslayo y recabó la opinión de los expertos. El amigo de Jorge se cruzó de brazos y adoptó una pose de experto, exponiendo su punto de vista en forma de lección magistral. No tuvo empacho en recurrir otra vez a la jerga científica.

No me atrevía a mirar la cara de mi padre, pero tenía que hacer un esfuerzo para contenerme cuando el otro sacaba a colación “la psicodinamia de los conflictos del subconsciente”.

En cierto momento se disculpó por emplear unos términos tan rebuscados, pero no hizo nada por remediarlo.

Estaba claro que se había trazado un objetivo. Después de enumerar las teorías propuestas para comprender los mecanismos de esta enfermedad, recalcó que tanto el diagnóstico como el tratamiento estaban condicionados por esos presupuestos.

La terapia que el psicólogo utilizaba conmigo consistía en un método analítico de relajamiento y asociaciones libres encaminado a debilitar mis inhibiciones.

Me entraron ganas de protestar cuando afirmó tal cosa que no era cierta.

Pero me callé para no interrumpir un discurso tan brillante.

Prosiguió diciendo que, si no se advertía una evolución favorable en el paciente, había que tomar cartas en el asunto. Lo aconsejable era cambiar de especialista.

“O sea, que vaya a ver a otro psicólogo” concluyó mi padre. “No forzosamente. Puede ir a ver a un psiquiatra”.

Como si esa palabra diese calambre, mi padre exclamó: “¡¿Un psiquiatra?!?”.

“Sí. Los tratamientos farmacológicos son efectivos...” Y argumentando en un tono tranquilo eliminó o redujo la resistencia paterna. Acabó diciendo: “Conozco a uno...”.

Mi suerte estaba echada. La perspectiva de no volver a ver al psicólogo no me disgustó en absoluto.

CIII

Así pues, no volvería a ver a ese señor de cabeza ovoide y cara de empollón, del que se desprendía un insufrible aire de suficiencia. No podía negar que el psicólogo me inspiraba antipatía.

Había renunciado a suministrarle detalles íntimos, pero se las arreglaba para sonsacarme y, lo quisiera o no, algo tenía que contar o inventar.

Como no me doy maña para mentir, mis historias no eran falsas, aunque no revelasen nada sustancial.

Pero resultaba difícil fijar un límite. Bastaba con que insinuase lo más mínimo para que él imaginara el resto con asombrosa precisión. En lo cual no había nada de raro. No se ejerce una profesión en balde.

De todas formas, un olfato tan sensible como el suyo tenía que ser un don natural.

Cuando me preguntó por mis pasatiempos y cité el cine, ese día la entrevista giró alrededor de ese tema. Le hablé de las últimas películas que había visto, y de cuáles eran mis preferidas.

Al final cometí la imprudencia de hacer un comentario marginal. Iba al cine porque me gustaba, pero de paso aludi al sosiego que me embargaba al apagarse las luces. En esa penumbra me olvidaba de mí y se incrementaba mi capacidad receptiva.

Rutinariamente, según creí, preguntó si esa paz la experimentaba en cualquier recinto oscuro.

Respondí que, para recuperar el equilibrio, el medio más eficaz consistía en retirarme a mi habitación y correr las cortinas, si era de día, o no encender la lámpara, si era de noche. Luego me tendía en la cama.

Oscuridad, silencio y soledad eran la triada sanadora bajo cuyo amparo me ponía.

El psicólogo me observó con sus perspicaces ojillos, tomó algunas notas en su bloc y me animó a seguir. Pero no añadí ninguna otra cosa. Tampoco tenía mucho más que decir.

Dejó transcurrir un par de minutos. Cuando se cercioró de que me había encastillado en uno de mis mutismos, empezó a tamborilear con los dedos en el borde de la mesa. Después se recostó en su sillón, apoyó el índice en el arco de la montura y empujó las gafas hacia arriba lentamente. Parecía entregado a una profunda meditación.

Por fin se reincorporó y me comunicó el fruto de sus cavilaciones.

Mi afición por los lugares que reunían esas características, era la prueba de una querencia.

Deseaba regresar al útero materno. Añoraba la seguridad de ese claustro, el cual intentaba ahora reproducir con los medios a mi alcance. Se trataba, en suma, de un proceso regresivo.

Ciertamente algo no marchaba dentro de mí. Nunca se me había ocurrido pensar que un acto tan común como el de ir al cine estuviese motivado por el ansia de flotar de nuevo en el líquido amniótico.

CIV

Durante los meses que estuve visitando al psicólogo, conocí de refilón a otros pacientes.

Rara vez intercambiábamos saludos. Por mínima o banal que fuese, nunca mantuvimos una conversación.

Los veía fugazmente cuando salían de la consulta, o sentados en el sofá cuando yo acababa la sesión y me iba.

Así y todo, me familiaricé con algunas caras.

Si coincidíamos, invertíamos el tiempo en hojear las revistas. Era una actitud peculiar. En la antesala del dentista o del oftalmólogo, los enfermos hacen comentarios, dan su opinión. Incluso los hay que no paran de hablar de sus males y de sus experiencias médicas. Semejante desinhibición era impensable en la sala de espera del psicólogo, donde imperaba la tendencia a ignorarse.

Una señora, en cuanto se acomodaba, sacaba de su bolso un transistor que encendía y se pegaba a la oreja. Dicha mujer no venía sola. La acompañaba un hombre, a cuyo brazo se agarraba. Ambos tenían en el anular una alianza de oro, por lo que deduje que estaban casados. Los dos permanecían silenciosos, él con la mirada perdida y ella escuchando el aparatito.

Estos cincuentones tenían una inquietante semejanza. A primera vista parecían bastante diferentes.

Él tenía una extensa calva circundada de pelos grisáceos. Ella, una cabellera espesa y ondulada que le cubría la cabeza como un casco. No descarté que se tratara de una peluca.

El hombre tenía la tez coloradota y las facciones aniñadas. Los rasgos de la mujer correspondían a una persona de su edad, aunque eran difusos, como si alguien hubiese pasado una esponja húmeda por las principales líneas reduciendo el conjunto a una máscara neutra.

El infantilismo del marido se traslucía en su actitud de confiado abandono. En ella se advertía un envaramiento en consonancia con su recelo.

Él parecía amable hasta el servilismo. Ella marimandona, con tendencia a mangonear y a hacer valer sus achaques.

Desde luego, no radicaba en estas disparidades el desasosiego que experimentaba en su presencia.

Ambos poseían la misma cualidad mimética de confundirse con el entorno. Como no se movían ni hablaban, se tenía la impresión de que eran dos peluches gigantescos. Dos muñecos de tamaño natural que formaba parte de la decoración de la sala.

Sus holgadas ropas no lograban disimular la blandura de sus carnes, la falta de consistencia de su relleno.

Comprobé estupefacto que sus características eran intercambiables. La mujer se podía apropiar del aníñamiento de su cónyuge y parecer una muchachita que hubiese crecido desproporcionadamente. El marido podía adoptar una rigidez de movimientos que contrastaba con su halo de mansedumbre.

Una larga convivencia vegetativa los había expuesto a sufrir influencias recíprocas que habían debilitado sus respectivas personalidades. Potenciada por la falta de acicates externos, la fusión se había consumado y ambos constituían el duplicado de un solo ser.

CV

Había otra mujer con el pelo recogido en un moño colgante. Vestía pantalones ajustados y blusas de colores llamativos.

Ocultaba sus ojos tras unas gafas de cristales oscuros. En el sofá permanecía erguida, con el bolso sobre las piernas.

De vez en cuando lo abría y sacaba un pañuelito, probablemente perfumado, que se llevaba a la nariz, sin sonarse, y volvía a guardar colocando luego las manos sobre el bolso.

El contraste entre esta mujer y otro cliente del psicólogo era tan acusado que fantaseaba con la posibilidad de un encuentro entre ambos.

Este segundo personaje con pinta de ejecutivo avasallador y perdonavidas venía impecablemente trajeado, con los calcetines y la corbata a juego o marcando un elegante contrapunto.

En su cabeza de emperador romano destacaba la mandíbula que expresaba una determinación sin límites. Su mirada acerba y directa resultaba insostenible.

Se paseaba de un lado a otro, levantando a menudo el puño de la camisa para echar un vistazo al reloj.

Estas inequívocas muestras de impaciencia hacían aflorar la imagen de un tigre de Bengala enjaulado que de un momento a otro lanzaría un escalofriante rugido.

La mujer no tenía nada de selvática. Cuando aspiraba los fragantes efluvios de su pañuelito, dejaba escapar un suspiro.

Aunque parecía no reparar en mí, yo era el destinatario de esa dramatización, el espectador de ese teatrillo.

Incluso su artificiosa inmovilidad, que un rápido cruzamiento de piernas reforzaba en vez de atenuar, era una forma de llamar la atención.

Un día, tras revolver el bolso sin encontrar el encendedor, me preguntó si tenía fuego. Me levanté y le ofrecí la llama de una cerilla.

“Gracias, querido” dijo quitándose las gafas. Las patas de gallo le estriaban la piel del extremo de los ojos cuya expresión revelaba tristeza.

“Estoy fatal” me comunicó a bocajarro.

Expulsando el humo del cigarrillo en dirección al techo, agregó: “Tú eres joven y sabes poco de la vida. ¿No te importa que te tutee?” Sonréí y dije que no.

“Cómo te va a importar si podría ser tu madre” No supe qué replicar.

“Sólo tu madre. Tu abuela desde luego que no” precisó. No logré averiguar si hablaba en serio o en broma. “Espero que seas muy joven. Sí, lo eres. No hace falta que me digas tu edad. Yo, en cambio, estoy menopaúsica. Como lo oyes. Se me está retirando el periodo. Lo estoy pasando fatal. Dolores, sofocos, mareos. Mi amiga Florinda la gorda afirma que no es para tanto”. Señalando con la barbillia el despacho del psicólogo, prosiguió diciendo: “Ese señor piensa lo mismo que ella. Por supuesto, emplea otro lenguaje. Florinda es medio analfabeta. Pero los dos coinciden en que exagero, en que mi verdadero problema no es ése...”.

CVI

En mi interior me aferraba a la posibilidad de un encuentro entre la mujer en edad crítica y el pulquérrimo ejecutivo.

Cuando me encaminaba a la consulta, esa perspectiva constituía un acicate. Sabía que ese deseo era de difícil realización. Las circunstancias jugaban en contra.

Sin embargo, no había perdido las esperanzas, aunque tampoco me hiciese demasiadas ilusiones.

Para compensar mi frustración me quedaba una alternativa: fabular a partir de los datos disponibles.

Podía imaginar cuantos encuentros me apetecieran.

En la sala de espera se desarrollaron, pues, no uno sino numerosos cuadros protagonizados por esos personajes, en los que exploré una amplia gama de reacciones.

-la mujer está más triste que nunca. El ejecutivo se pasea sin dignarse mirarla. Se comporta como si estuviese solo. La mujer acentúa sus gestos de aflicción. La indiferencia del hombre se hace más ostensible.

-el ejecutivo está más agitado que nunca. Bajo sus párpados se advierte un cerco violáceo. Lleva varias noches sin dormir. Muy tiesa en un ángulo del sofá, la mujer observa a hurtadillas al figurón con ojeras. Cuando éste se percata de ese fisgoneo, deja de andar y mira de hito en hito a la mujer, que se endereza más si cabe en el asiento, en actitud de máxima dignidad.

-la mujer tiene el moño ladeado, con los pelos mal recogidos. Lleva una blusa roja con cuello de volantes. Fuma con afectación, sin apartar la vista del repeinado ejecutivo. Le pregunta si no se cansa de dar vueltas. El hombre murmura algo que la mujer no logra comprender, pero el tono desdeñoso es inequívoco. Ella no se desanima y vuelve a la carga. Quiere saber por qué esta siempre de mal humor. Él se detiene. Toda su persona rezuma agresividad. No tolera las injerencias en su vida, y menos de una lunática. Entre él y ella no hay nada en común.

-el hombre rompe el hielo. Alargando el paquete de cigarrillos, le ofrece uno a la mujer e inicia la conversación: "No debería fumar, pero en mi

trabajo"... Ella, sorprendida por ese gesto amable, acepta y da las gracias. Él siente curiosidad por conocer a esa mujer de aspecto descuidado y blusas llamativas. Ella hace sonar sus pulseras, feliz del interés que suscita.

-la mujer sale llorando del despacho del psicólogo. Éste ha debido soltarle una lindeza. Se enjuga las lágrimas con su pañuelito perfumado. El ejecutivo se para y contempla la escena, de la que sólo ve el lado cómico: una mujer con el moño deshecho, el bolso abierto, unos pantalones ceñidos y una exigua chaquetilla, que sale escaldada de una sesión terapéutica. Pero ella se sobrepone. Corta los sollozos, se coloca las gafas de cristales oscuros, yergue la cabeza y hace una salida solemne.

-etc., etc.,

Avanzaba trabajosamente por el pasillo del autobús lleno de gente apoyada en los asientos.

“¿Me permite?” “Usted perdone” “Por favor”. Y uno y otro nos empinábamos hasta que lograba pasar. Realicé esta operación repetidas veces. El objetivo era encontrar un hueco.

Los lunes por la mañana era una locura. El autobús venía completo del pueblo vecino. Los viajeros que subían ahora, abarrotaban el pasillo.

Encontré un sitio y coloqué los libros y cuadernos en la red. Luego eché un vistazo. No cabía un alfiler. El vehículo permanecía en marcha durante el tiempo de espera.

Aunque hacía frío, el conductor no había puesto la calefacción. Rogué a los cielos que no lo hiciera porque la atmósfera se volvería sofocante.

Prefería la tartana ruidosa y renqueante a este autobús nuevo. Prefería arrebujiarme en mi chaquetón a respirar este aire viciado. Pero la antigualla rodante estaba averiada.

Ya a punto de irnos, se organizó un alboroto en el largo pasillo. Un rezagado se abría paso. No presté atención al desbarajuste y me sorprendí cuando me llamaron por mi nombre.

Era Diego que me preguntaba si había un hueco por donde yo estaba. Sin esperar mi respuesta, que hubiese sido negativa, se acercó y me dijo: “Está a tope. ¡Qué vergüenza!”.

Su cara redonda me recordó a la luna llena. Tenía los labios contraídos en un gesto de repugnancia.

En el ambiente flotaba un tufillo a humanidad que revolvía el estómago.

Su mueca se convirtió en una afable sonrisa y me preguntó qué era de mi vida. Últimamente nos veíamos poco. Él estaba interno en un colegio y venía al pueblo de vez en cuando.

Respondí con un escueto bien. Las puertas se cerraron y el autobús arrancó con una sacudida que nos obligó a agarrarnos a los espaldares de los asientos.

Diego me agasajó con otra sonrisa y empezó a hablar de los estudios, su tema preferido. Ambos acabábamos el bachillerato el año próximo y había que ir pensando en la carrera que más nos convenía.

O que más nos gustaba, dije por decir algo. Me miró condescendiente y se apresuró a sacarme del error. Según él, debía prevalecer un criterio práctico.

El autobús saltaba cada vez que sus ruedas se metían en un bache. Empecé a sentirme mareado, pero no pude cambiar de postura debido a la falta de espacio.

Diego se había entusiasmado y multiplicaba sus argumentos con el fin de convencerme. Por mi parte, ni siquiera me había planteado esa cuestión. Los estudios superiores me parecían algo lejano.

Este asunto, y todavía más el de las salidas laborales, a las cuales supeditaba mi amigo la elección de la carrera, me traía al fresco.

Su apología de lo rentable estaba incrementando mi malestar de forma que tuve que bajar la cremallera del jersey y desabotonarme un poco la camisa. A mitad de camino observé que la línea del horizonte se nimbaba de una claridad titubeante.

Interrumpiendo su discurso, le pregunté la hora. Quedaban todavía quince minutos de viaje. Quince eternos minutos.

Diego lo tenía claro. Él iba a estudiar Medicina. En su familia no había médicos...

Cerré los ojos. Me estaba mareando. “¿Te pasa algo? Estás pálido” “Abre una ventanilla”.

El aire frío me reanimó. De inmediato se oyeron voces de protesta. Nadie quería exponerse a coger un resfriado o una pulmonía. Hubo que cerrar el cristal casi del todo, dejando una ranura que no servía de nada. Por fortuna Diego se calló.

Al llegar a Sevilla, bajé precipitadamente del autobús, me apoyé en la pared y vomité. Como no había desayunado, tras dar varias arcadas, arrojé una baba espesa que me dejó un regusto amargo en la boca. Me rompió un sudor frío por todo el cuerpo y sentí un gran alivio.

Diego esperaba a que me repusiese. Cuando me erguí, me entregó mis libros y cuadernos que había olvidado. Tenía que estar en el colegio a las nueve menos cinco. No podía perder tiempo. Se despidió y se fue.

Saqué el pañuelo del bolsillo y me sequé la cara. Miré a mi alrededor. Dos empleados de la empresa enfundados en monos azules manchados de borra limpiaban un autobús.

Respiré hondo, crucé la estación y salí a la calle bañada en la luz grisácea del amanecer.

CVIII

Me detengo ante los escaparates y miro con ternura las corbatas y las chaquetas. Alguien me ha hablado de las cartas astrales. Conseguir la dirección de un astrólogo. El mandato de las estrellas. Los astros eternos siempre tendrán razón. Rezar al Sol Naciente. ¡Oh Padre Sol! Con probar nada se pierde. Conocerme a mí mismo a través de los horóscopos, de las traslaciones de luz, de las figuras celestes. Estudiar astrología. Y matemáticas. Y astronomía. Y las tablas alfonsinas. Oiga, señora, ¿es usted Aries, Virgo...? La verdad es que usted tiene cara de Capricornio. Me observa como a un bicho raro. No, no es una encuesta. Ni tampoco es para ningún estúpido programa de la televisión. Acelera el paso. Se escapa. Allá veo a otra mujer que se ha parado a la puerta de una joyería. Las piedras preciosas la tientan. Me acerco y le susurro: ¿Entramos? No hace falta insistir demasiado. Por favor, le digo al empleado, enséñenos los zafiros, las esmeraldas, los rubíes orientales, los topacios del Brasil, los granates de Bohemia, el ámbar negro y los ojos de gato y las sanguinarias. Por favor, no olvide los diamantes almendrados. No puedo aceptar, dice con un hilo de voz, falsamente turbada, sin lograr ruborizarse. Se lo suplico, soy tan rico que no sé qué hacer con mi dinero. Comprar un paquete de cigarrillos. Si pudiera hacer un experimento como ése. Sí, no, sí, no... Ese forcejeo. Aquí. No. Hay mucha gente. Más adelante hay otro estanco. Tengo tantas ganas de fumar. Y cerillas. Arrodillarme. Gritar. Periódicos colgados de un cordel, como si estuvieran puestos a secar. Clamar en el desierto. Grandes titulares. A toda plana. Loco de atar. Y una foto en la que aparezco cubriendome el rostro con las manos. Como un cencerro. ¿Y cómo están ellos? Como una regadera. O todavía mejor: tocado con un sombrero cordobés. O con una boina negra calada hasta las orejas. Con un panamá. Con un salacot. Con un bombín. Con una gorra de fieltro verde con la visera ligeramente levantada.

La linda parejita viviendo a tope. Manos arriba. Todo el mundo al suelo. Tú también. He dicho todo el mundo al suelo. Mientras ella apunta con la pistola, salto por encima del mostrador. Le arrojo la bolsa al cajero. Llénela. Rápido. Luego la huida. La sirena de la policía. La persecución por las carreteras del Medio Oeste. Huele bien. A café con leche y tostadas. Un cliente moja voluptuosamente un churro en un tazón de chocolate. Lo sumerge una y otra vez. Lo empapa. Luego se lo lleva a la boca y lo mastica con delectación. Un chorreón de chocolate le resbala por la comisura de los labios. No se molesta en limpiarse. Felicidad absoluta. Sólo cuando acaba de zamparse el largo cilindro de masa frita, coge una servilleta de papel y se la pasa por la barbilla. Luego hace una bola y la tira al suelo que está lleno de servilletas sucias y sobrecitos de azúcar vacíos. ¡Mmm! Se da cuenta de que. El churro en suspenso, goteante. Sigo andando. Cojo por una calle más tranquila. Atravieso la plaza. Deambulo por los alrededores de la catedral. Turistas con cámaras fotográficas, señalando con el dedo, chupando una patilla de las gafas de sol que se han quitado. Tan atentos. Tan curiosos. Tan metidos en su papel. Extranjeros por todas partes. Ojalá no encuentre a nadie conocido. ¿Qué haces por aquí? ¿Y a ti qué te importa? Gesto de consternación. Hacer yoga. La postura del loto. La postura del guerrero. Perro cara arriba. Perro cara abajo. Me duele la espalda. Relajación. Concentración. Meditación. Liberación. Comprar un libro sobre este tema. Entro y pregunto. No entro. Sale una monja sonriente. Me quedo mirando una reproducción del Cristo de Velázquez. Tan sereno. Tan natural. Tan resplandeciente. Como esta luminosa mañana. Me vuelvo. La monja ha desaparecido. Se la ha tragado la multitud. La voraz multitud.

Souvenirs. Giraldas de calamina dorada y plateada. Giraldas luminosas. Giraldas musicales. Repiqueteantes castañuelas. Abanicos pintados a mano. Guitarras flamencas. Mantones de Manila con bordados de flores rojas sobre fondo negro. De flores azules sobre fondo crema. De seda natural. De color albaricoque. De color hierbabuena. Relojes con imágenes típicas de la ciudad. Tic-tac, tic-tac. ¿Qué hora es? ¿Y esa música pachanguera? Máquinas tragaperras. Introduzca una moneda por la ranura. Pulse el botón correspondiente...y nada. Mucho ruido y ni una nuez. Repita su suerte. Al cliente le entran ganas de dar una patada al aparato. Disparata por lo bajo. La diosa Fortuna siempre tan esquiva. Pero el hombre culpa a la máquina. El vigilante con guardapolvo gris también se ha dado cuenta de ese conato de agresión y se acerca para intervenir en caso de malos tratos e insultos. No es su día, amigo. Y ese engendro del diablo se pone a canturrear como si tal cosa. Como si no lo estuviera desplumando. El primo duda, rebusca en los bolsillos, saca la cartera. ¿Me cambia este billete? El vicio lo domina. Coloca una mano en la parte superior de la máquina. Introduce-pulsa-espera. ¡Premio! El escándalo que organiza la condenada porque tiene que aflojar la mosca. Lo pregon a los cuatro vientos. Que todo el mundo se entere. Después se escucha el tintineo de las monedas. El hombre pasa la mano por la bandeja y mira con desprecio a la tragaperras. ¿No le da vergüenza montar ese número por esta miseria? Sigo andando con la cabeza vuelta hacia el salón de juego y tropiezo con una jamona que avanza con la cabeza vuelta hacia la administración de lotería. Perdón. Tenga cuidado, joven. Lo siento. ¡Me ha pisado! exclama iracunda. Me disculpo de nuevo. Me alejo mientras ella masculla: no hay respeto ni educación. Ella iba también distraída. Por eso hemos chocado. Con su tonelaje. Una apisonadora de limitada maniobrabilidad. La reina de las ballenas. Sigue parada. Es increíble. Acerarme. Interesarme. Besarla en los mofletes. Me abofetearía. Echarle el brazo por sus carnosos y redondeados hombros. Pelillos a la mar. Voltearía el bolso y me golpearía con él. Pellizcarle la papada con cariño. Darle un mordisquito en el lóbulo de la oreja. Una colleja en el cogote. Alborotarle el peinado. Esa torre cónica perfectamente moldeada. Conseguir que le dé un sопoncio. Un telele. Un patatús. Asunto concluido. Seguir andando. Espacios abiertos. Agorafobia. Escabullirme. Irme. Por la tangente. Prófugo. Cimarrón. Plaza de las Banderas.

Atravesarla sin prisa. A la sombra de los naranjos. Adentrarme en la Judería. Enfilar sus calles: Agua, Vida, Gloria, Aire...Recorrerlas. Vagamundear.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Para más información visite esta página:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>